

EL ORINOCO MEDIO: SU IMPORTANCIA PARA EXPLICAR LA RELACION ENTRE EL JUEGO DE PELOTA DE LOS OTOMACO, DE LAS ANTILLAS Y DE MESOAMERICA*

Por ALBERTA ZUCCHI
Departamento de Antropología
IVIC-Caracas

*Es un juego de pelota saltadera,
grande, de cierta pasta terrecilla,
tantos a tantos anda la carrera.
En el batey o plaza que se trilla
y las rechazas con la cadera,
con los hombros, con la cabeza, con rodilla.
Es toda la porfía desde Marte,
que pase puesto de contraria parte.*

(CASTELLANOS 1915 (2): 303-375)

INTRODUCCIÓN

El excelente trabajo de Ricardo Alegría (1983) sobre las canchas de pelota y plazas ceremoniales de las Antillas, señala que el juego de pelota estaba ampliamente difundido en el Nuevo Mundo, ya que no sólo se describe para Mesoamérica y estas islas, sino también entre diversos grupos del suroeste norteamericano y de Suramérica. Entre estos últimos se encuentran precisamente los Otomacos de los Llanos Occidentales de Venezuela.

Si bien en el juego de pelota de todas estas zonas, participaban dos equipos, éstos aparentemente, podían estar integrados por un número variable de jugadores que oscilaba entre 1 y 30. La pelota empleada era de caucho, generalmente sólida, y no podía ser golpeada con las manos, sino con otras partes del cuerpo, especialmente con los hombros y las caderas. Por el momento sólo se han encontrado evidencias arqueológicas sobre canchas en Mesoamérica, Cuba, las Bahamas, La Española, Puerto Rico y las Islas Vírgenes. Es decir, fundamentalmente en el sector occidental del área Circuncaribe. Igualmente, por ahora, la mejor evidencia en cuanto a la asociación de las canchas con los enigmáticos "stone collars" y "elbow

* Trabajo preparado para el volumen en homenaje al Dr. Ricardo Alegría.

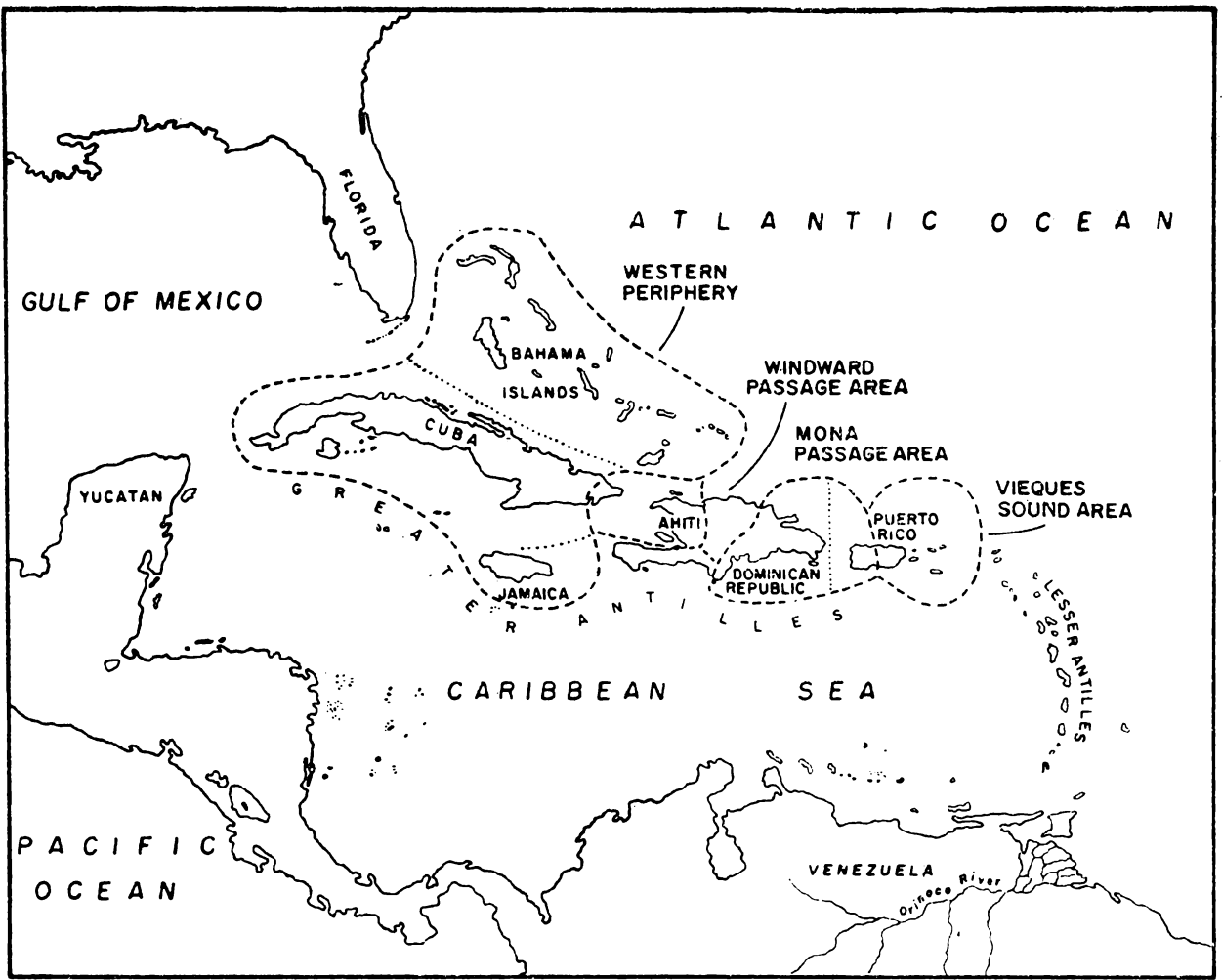
stones" proviene de Puerto Rico. No obstante, estos artefactos también han sido encontrados en las Islas Vírgenes y en la parte oriental de la República Dominicana y se asocian, con la cerámica de los estilos Capá, Esperanza y Boca Chica, todos pertenecientes a la serie Chicoidea del período IV antillano (Alegría 1983: 150).

Debido a las similitudes que existen entre las canchas de Mesoamérica, de las Antillas y del Suroeste Norteamericano, Alegría ha indicado que el juego debió surgir en alguna de estas tres zonas. No obstante, dado que por el momento en Suramérica no se han encontrado evidencias arqueológicas ni etnohistóricas que indiquen la presencia de canchas estructurales, ni del elaborado trabajo en piedra asociado, este autor sugiere que las primeras puedan haberse desarrollado alrededor de los 700 D.C. en las Antillas, como consecuencia de influencias mesoamericanas.

Este autor señala que si bien es difícil determinar en qué forma, y a través de cuáles rutas, estas influencias llegaron al área Caribe, es posible proponer tres alternativas. La vía más corta, sería a través de Cuba y la península de Yucatán, pero la evidencia demuestra que la parte occidental de la isla (precisamente la más cercana a Mesoamérica) en tiempos históricos aún estaba ocupada por grupos Arcaicos, mientras que el resto de ella sólo fue marginal al desarrollo Taino (1983: 154). Por esta razón dice que es más probable, que los Taino de Puerto Rico, quienes eran mejores navegantes que los Mayas, viajaran a tierra firme y regresaran con las influencias. Si bien considera que ésta es la mejor hipótesis, señala que es difícil de probar, pero añade que un contacto directo entre los Taino y Mesoamérica podría explicar tanto el desarrollo de las canchas estructurales, como el elaborado trabajo en piedra y la utilización de los "stone belts" y "elbow stones" en el juego de pelota de Puerto Rico.

La tercera alternativa para explicar estas influencias mesoamericanas sobre los Taíno del área de Vieques Sound (Rouse 1983: 45-52) (Fig. 1), sería a través de nuevas migraciones, ocurridas durante el Período III (600-1200 D. C.), desde el norte de Suramérica (1983: 154) y por parte de grupos que ya las habrían recibido de Mesoamérica. No obstante, debido a la ausencia de evidencias de influencias mesoamericanas generalizadas en el norte de Mesoamérica, este autor indica que pueden haber sido grupos suramericanos aislados, como los Otomacos (quienes no sólo poseían el juego de pelota sino también otros rasgos de aparente influencia mesoamericana) los que viajaran a las Antillas Mayores, sin dejar un claro rastro de su paso a través de las Antillas Menores (1983: 155).

En este trabajo nos proponemos combinar la evidencia etnohistórica sobre los Otomacos, con los datos arqueológicos recientes sobre el Orinoco Medio, los cuales en nuestra opinión, precisamente permiten formular un nuevo esquema interpretativo que integra, con algunas modificaciones, las dos últimas alternativas propuestas por Alegría. En este nuevo esquema el desarrollo de los grupos ceramistas antillanos se percibe en una forma más dinámica, que enfatiza la existencia de relaciones tempranas (D.C. 400 A.C.-400 D.C.), entre el Orinoco Medio y las Antillas Mayores, especialmente con Santo Domingo y Puerto Rico, las cuales, por lo menos en dos oportunidades, podrían haber implicado la migración y asen-



AREAS CULTURALES DE LAS ANTILLAS MAYORES (SEGUN I. ROUSE)

Fig.1

tamiento de grupos del Orinoco Medio en estas dos islas. Tanto estos contactos como las migraciones propuestas (Zucchi, 1984; Ms.), aparentemente se llevaron a cabo a través de una ruta diferente a la que habían seguido los Saladoideos para su colonización de las Antillas Menores. Consideramos que fueron precisamente estas relaciones tempranas entre los dos sectores, las que permitieron que entre los 600-700 D.C., se llevara a cabo un nuevo movimiento migratorio desde el Orinoco Medio hacia la República Dominicana. Aparentemente las mismas también estimularon el surgimiento de una verdadera esfera de interacción, que con el tiempo no sólo incluyó el Orinoco Medio y las Antillas Mayores, sino posiblemente también algunos sectores de Mesoamérica. Es probable que durante los siglos siguientes (800-1300 D.C.), gradualmente se incorporaran a la misma otras regiones como la Costa norte de Colombia y noroccidental de Venezuela. En el período pre-contacto (1300-1500 D. C.), esta esfera seguramente se articuló con otras, como la que debió existir entre el Bajo Orinoco, las Guayanas y Antillas Menores. Creemos que fue sólo a partir del auge del tráfico esclavista (siglos XVI-XVII), cuando los objetivos tradicionales de este amplio circuito de relaciones, que habían permitido el acercamiento pacífico entre grupos con tradiciones culturales diferentes, sufrieron un cambio drástico de orientación, al insertarse en el sistema mercantilista de las potencias europeas (Zucchi y Gasson Ms.).

Evidencia etnohistórica sobre los Otomaco

Según las fuentes históricas de los siglos XVII y XVIII el territorio Otomaco estaba situado en los Llanos Bajos Occidentales de Venezuela, precisamente en el sector que se encuentra entre el Apure y el Orinoco. Al parecer, este grupo también tenía aldeas establecidas irregularmente sobre el Arauca y el Sinaruco, así como en algunos puntos de la margen derecha del Orinoco, enfrente a la desembocadura del Arauca y cercanos al Cerro Parauani (Barraguan) (Rosenblat 1964: 227-8). Los Taparitas, otra parcialidad que frecuentemente se menciona en asociación con los Otomacos y los Yaruros, compartían con éstos los ríos Capanaparo, Sinaruco y Arauca, y también ocupaban el río Portuguesa. En siglos posteriores se les menciona en las misiones capuchinas de los Llanos Occidentales (Lodares 1929 (I): 210; 1931 (III): 381; Rionegro 1918: 290). También se ha indicado la presencia de unos Taparitos en el sector oriental del Caura Medio, en su confluencia con el Nicare y el Icutú, a quienes algunos autores modernos han relacionado con los Taparitas de los Llanos. Koch-Grünberg (1913: 468) y Codazzi (1840; 1841: 252, 274) ubican a estos últimos, en la confluencia del Caura-Nicare-Pautí, mientras que Tavera Acosta los sitúa entre el Caura y el Cuchivero (1907: 249, 313) (Fig. 2).

Desde la primera mitad del siglo XVII las expediciones conquistadoras que penetraron a los Llanos Ocidentales, mencionaron a diversos grupos indígenas que habían ofrecido una tenaz resistencia a los españoles. Un documento de 1659 dice que entre las naciones de los Llanos que no habían sido reducidas estaban "algunas de caribes comedores de carne humana, en que se incluyen los

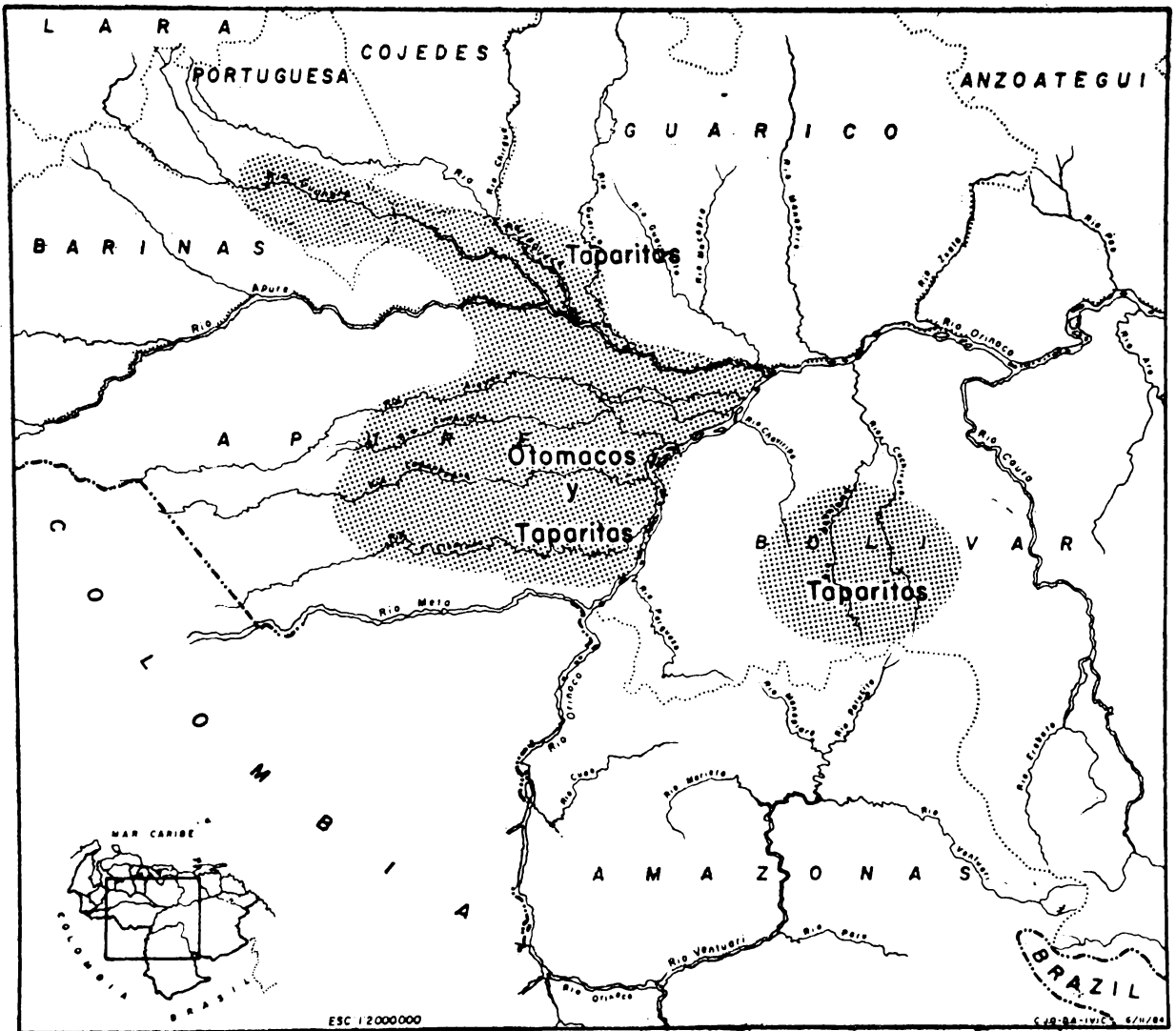


Fig.2

otomacos, atapaymas, guamonteyes, cherrechenes, aurebires, chacaracas, dazaros, japones, ajaguas, bateas, boraures y otros (Dávila 1930 (II): 363). Sin embargo, la primera referencia concreta sobre este grupo se debe a Carvajal quien en 1644 hizo una entrada a los Llanos y en 1647 acompañó a Miguel de Ochogavía en la expedición por el río Apure (1647: 203). Toda la información posterior corresponde a los misioneros Franciscanos-Capuchinos, quienes sólo los contactaron en 1720 (Lodares 1929 (I): 226), y a los Jesuitas que iniciaron su labor tardíamente (Rosenblat 1964: 231-232). Por esto, las mejores referencias corresponden al siglo XVIII, cuando la situación indígena de todo el Orinoco ya había sido fuertemente modificada por el proceso colonizador, y con toda seguridad nos están describiendo a un grupo que ya había sido profundamente afectado (Zucchi y Gasson Ms).

Según se desprende de las fuentes, los Otomaco eran valientes y belicosos, y lucharon tenazmente en contra de los españoles desde los contactos iniciales y, posteriormente también en contra de los Caribe del Bajo Orinoco, cuando éstos se aliaron con los holandeses y se involucraron activamente en el tráfico de esclavos. No obstante, es importante recordar que, a pesar de que se enfatice su oposición a los Caribe del Bajo Orinoco, en las fuentes tardías se indica que estos últimos nunca ejercieron sobre los Otomacos "la carnicería que durante treinta años han hecho sobre otras naciones" (Gilij 1767 (II): 57). Como se verá más adelante, esta observación es de particular interés para el presente trabajo.

Si bien por sus características la nación de los Otomaco resalta entre las demás del Orinoco, nos referiremos sólo a algunos de sus aspectos que son particularmente relevantes para el presente trabajo: 1) el sistema agrícola, 2) la geofagia, 3) el papel del jaguar en el sistema mágico religioso, 4) el juego de pelota, 5) la práctica de ritos sangrientos, 6) la pintura corporal y, 7) la lengua.

1. SISTEMA AGRÍCOLA

Según las descripciones, los Otomaco vivían en base a la pesca (en la cual eran particularmente diestros), la recolección de numerosos tubérculos y la agricultura. Además, es importante indicar que aparentemente fueron los únicos del sector que practicaron la agricultura de vega "van ganando terreno a las lagunas, obteniendo abundantes cosechas de estas tierras" (Gumilla 1745 (I): 199). También se dice que poseían un tipo de maíz de dos meses (*onona*), del cual en los lugares favorables, obtenían hasta seis cosechas anuales (Gumilla 1745 (I): 268).

Si bien al parecer este grupo hacía poco uso de la yuca, recolectaba todo tipo de tubérculo y granos entre los cuales se menciona una especie de arroz silvestre (Gilij 1780 (I): 188), el *guapo* (*Maranta arundinacea* L.), la *chiga* (*Campsiandra camosa* Benth), el tabaco (*Nicotiana Tabacum* L.) y las vainas de la *Piptadenia Peregrina* con las cuales elaboraban la *curuba*.¹

1. Pittier indicó que era curioso que la *Piptadenia Peregrina* (Cojoba) recibiera el mismo nombre en el norte de Venezuela y en Haití (Pittier 1970: 187). También llama la atención que sea precisamente entre los Otomacos en donde la misma recibía el nombre de *curuba*.

2. GEOFAGIA

Según las fuentes los Otomaco practicaban la geofagia y consumían un tipo particular de arcilla fina y untuosa, de color gris amarillento, que era obtenida en los bancos fluviales. Con la misma se elaboraban pequeñas bolas (*poyas*) que eran asadas ligeramente al fuego. Para ser consumidas, las *poyas* se humedecían en agua o se raspaban, y con el polvo se espolvoreaban los alimentos. Gumilla describe un pan de arcilla, y dice que las mujeres Otomaco tenían huecos llenos de barro escogido, bien curado y podrido en la orilla de los ríos, al cual se le añadía maíz, frutas y otros granos.

Al cabo de varios días esta mezcla de arcilla y productos vegetales se colocaba en cazuelas, se les añadía agua y se colaba para eliminar el líquido. A la masa escurrida se le agregaba una buena cantidad de manteca de tortuga o de caimán, y con ella se hacían unos panes en forma de bola, que eran cocinados.² A este respecto el mismo autor indica que los Guamos, hermanos totémicos de los Otomacos, habían adquirido la práctica de la geofagia a través de las relaciones exogámicas que mantenían con éstos (1745 (I): 187).

3. EL JUEGO DE PELOTA

Gumilla (1745 (I): 189-194), es el cronista que presenta la mejor descripción del juego de pelota de los Otomaco. Indica que se practicaba todos los días y comenzaba en la mañana, después que los capitanes habían distribuido a la gente para las diversas actividades de subsistencia. La cancha de juego era “un hermoso y muy limpio trinquete de pelota” situado en la cercanía de su pueblo, pero apartado de las casas (1745 (I): 190). La pelota era de caucho y para el saque y rechazo sólo se utilizaba el hombro derecho y, cuando era tocada por otra parte del cuerpo, el equipo perdía una raya. Participaban 24 jugadores, es decir 12 en cada equipo, y sobre cada juego se hacían apuestas que consistían en canásticos de maíz, sartas de cuentas de vidrio y “todo cuanto hay en sus casas” (Gumilla 1745: 190).

Alrededor del mediodía, una vez que las mujeres habían concluido sus labores, se incorporaban al juego y, para ello, utilizaban palas “redondas en su extremidad, de una tercia de ancho de bordo a bordo, con su garrote recio, de tres palmos de largo, con el cual, con ambas manos juntas, rechazan la pelota” (Gumilla 1745: 192). Al llegar, las mujeres se integraban al equipo en el cual estaba jugando el marido, con lo cual cada uno de éstos, podía llegar a tener hasta 24 jugadores. Se indica que a medida que el sol iba calentando, los Otomacos se desangraban intencionalmente y consumían arcilla. El juego de pelota se prolongaba hasta bien entrada la tarde, interrumpiéndose con la llegada de los pescadores. La competencia era arbitrada por un anciano quien se identificaba por llevar un pedazo de piel de tigre en la mano derecha y además se encargaba de recibir las apuestas.

2. Es interesante recordar que Veloz Maggiolo (1972: 180-188) reporta el hallazgo de bolas de tierra (posibles panes) en los sitios Loe Paredones y Jubé (República Dominicana), aunque sin otra asociación cultural. El análisis de estas bolas reveló características que recuerdan a las que se describen para el pan de tierra de los Otomacos.

4. RITOS SANGRIENTOS

Además del sangramiento mencionado en relación al juego de pelota, los Otomacos practicaban otros ritos sangrientos entre los cuales estaba: la escarificación, el traspaso de la lengua y la circuncisión (Bueno 1933: 118:119; Gilij 1780-84 (II): 96-97; Gumilla 1745 (I): 133-134). A este respecto, y con miras a una mejor comprensión de la evidencia arqueológica que presentaremos posteriormente, es necesario mencionar que estos ritos sangrientos de los Otomacos, podrían estar relacionados con el "Complejo del Sacrificio de Sangre" (Loeb 1923). Dado que todos los rasgos de este complejo³ se encuentran en Mesoamérica en las ceremonias dedicadas a Xipe Totec (Nuestro Señor El Desollado) a quien se honraba especialmente en las fiestas del segundo mes llamado Tlacaxipeualitzli, Acosta Saignes le asigna este nombre. Indica este autor que al viajar desde Mesoamérica hacia Suramérica el mismo sufrió modificaciones regionales (1950: 14-15) y añade que todos sus rasgos son comunes tanto en la zona andina como entre los Caribe de la Costa Venezolana y del Occidente de Colombia. Por otra parte, dado que Rivet (1943: 58) indicó que los contactos entre los Caribes y el Area Andina se produjeron por la penetración de los primeros en esta última y no a la inversa, Acosta Saignes concluye que:

"como pueblo migrante, viajero en diversas direcciones, los Caribes vendrían a ser representativos del proceso de transculturación continua, que en escala más lenta y en tiempo más prolongado, se efectuaba permanentemente entre los pueblos americanos" (1950: 46).

5. EL PAPEL DEL TIGRE

De las fuentes se desprende claramente la estrecha relación que existía en la cultura Otomaca entre el tigre y la luna. Ambos aparentemente jugaban un papel importante en el sistema mágico religioso de este grupo. El tigre no sólo se asociaba directamente con las prácticas shamánicas, sino con el juego de pelota y con un baile denominado *maema* (Tigre), ambos con evidentes y profundas implicaciones rituales.

Es bien sabido que el uso de sustancias alucinógenas (Ej.: la *curuba*, yopo o ñopo) juega un papel fundamental en las creencias religiosas y en las prácticas shamánicas de los indígenas suramericanos. La disociación mental que producen estas drogas proporciona el vehículo para establecer un contacto directo con la esfera sobrenatural, la cual se revela a través de imágenes y sonidos. Por otra parte, desde hace tiempo se conoce que entre los grupos de la América tropical, el shamanismo tiene una estrecha relación con los jaguares o espíritus de jaguares. Reichel Dolmatoff (1975: 43) ha indicado que las ideas básicas que subyacen en este conjunto de creencias pueden resumirse en la forma siguiente:

3. Este complejo incluye el desollamiento total o parcial, el sacrificio de corazones, flechamiento, bebida real o simbólica de sangre, ceremonias de sacrificios a individuos vivos, sacrificio de valientes y de personas de rango, canibalismo ritual y la importancia ceremonial del muslo (Acosta Saignes, 1960).

1. El shaman puede transformarse en tigre y bajo esta forma puede *proteger*, *ayudar* o *agredir*. Igualmente, después de su muerte, el shaman puede convertirse permanentemente en este animal y manifestarse a los vivos con fines benéficos o maléficos, según sea el caso. A este respecto es oportuno recordar que Gilij 1780-84. (II): 95) indicó que los shamanes Otomaco.

“prosiguiendo con sus bribonadas, se vanaglorian de transformarse en tigres y otros animales feroces y, cuando los indios ven grandes cantidades de tigres en la época de las lluvias creen que se trata de piaches de los Guamos o de los Otomacos” (Gilij II: 95).

2. El jaguar también se asocia con diversos fenómenos naturales (Ej. trueno, sol, una, cuevas, montañas, fuego) así como con diversos animales. A este respecto hay que recordar el papel de la luna en la cultura Otomaco, y la relación entre ésta y el baile denominado *maena* (tigre) (Gilij 1780-4 (II): 282). Entre algunos grupos el tigre se considera como el Amo de los Animales y por lo tanto está relacionado con los rituales de cacería (Reichel Dolmatoff 1975: 43-44).

3. El jaguar no sólo constituye un símbolo masculino con fuertes connotaciones de fertilidad, sino que se le considera también como un símbolo de exogamia. A este respecto vale la pena recordar que Gumilla indicó que los Caribe de la Cuenca del Orinoco trazaban su descendencia del tigre (1745: 126). Reichel Dolmatoff ha señalado que el punto importante relacionado con este hecho es que en muchas áreas, los indígenas que descienden del Tigre, vivieron y aún viven en proximidad con grupos que no descienden de él. Los primeros han sido temidos precisamente porque raptaban a las mujeres de los otros (1972: 56).

6. PINTURA CORPORAL

Se ha indicado que el mayor adorno de los indígenas del Orinoco era la pintura corporal, especialmente en ocasión de fiestas o peleas. Humboldt (1956 (III): 286-292) indicó que los Otomacos, Guamos y Caribes y los otros grupos que se reunían anualmente para explotar las playas de tortugas cercanas a La Urbina, podían ser identificados por su pintura corporal. Añade que los Otomacos utilizaban para esto dos tipos de colorante: el onoto (*Bixa orellana*) y la chica (*Arrabidaea Chica* Verlot) y menciona que tanto este grupo como los Caribe, acostumbraban pintarse de rojo la cabeza. No obstante, también ofrece detalles sobre la pintura corporal de una mujer Otomaco.⁴

4. Es probable que la familia Otomaca incluyera también otros dialectos. Rosenblat ha indicado que no se sabe si los paranoas, tavagayas, amayas, corocotas, guaravayas, cocoaymas, guaypras, aguaripias, puchicanas, naciones que Carvajal ha indicado estaban sometidas al cacique otomaco Tavacare, pertenecían a este grupo. Lo mismo ocurre con los chiripas, goarinaos, araparabas y totumacos que Rivero dice que estaban bajo una sola lengua (Rosenblat, 1964: 230).

7. LA LENGUA

Rosenblat (1964: 362), quien llevó a cabo un estudio comparativo de los limitados vocabularios que existen sobre Otomaco y Taparita, demostró que ambos son dialectos de una misma familia lingüística.⁵ El mismo autor también elaboró un cuadro comparativo del Otomaco y otras lenguas suramericanas, el cual si bien como se señala, sólo tiene un valor muy relativo debido a la deficiente base de datos, reviste particular interés para el presente trabajo, por lo que lo reproducimos a continuación:

| | Arawako | Caribe | Yaruro | Guamo | Sáliva | Guahivo | Guarauno | Puinave |
|--------------------------|---------|--------|--------|-------|--------|---------|----------|---------|
| A. Partes del cuerpo | 13 | 11 | 4 | 1 | 2 | 1 | 1 | 4 |
| B. Naturaleza inorgánica | 9 | 9 | 2 | 5 | 3 | — | 1 | 1 |
| C. Hombre, familia, soc. | 4 | 2 | 3 | 3 | 1 | 2 | — | — |
| D. Animales | 9 | 8 | 6 | 2 | 3 | 1 | 3 | — |
| E. Plantas | 4 | 5 | 2 | — | 1 | — | — | 1 |
| F. Religión | — | 2 | 1 | — | — | 1 | — | — |
| G. Casa, ciudad, etc. | 1 | 2 | 2 | — | — | — | — | — |
| H. Vestido y alimentos | 2 | 2 | — | — | — | 1 | — | — |
| I. Verbos | 4 | 3 | 1 | — | — | — | — | — |
| J. Adjetivos | 4 | 3 | 1 | — | — | — | — | — |
| K. Colores | 1 | 1 | — | — | — | — | — | — |
| L. Numerales | — | — | — | — | — | — | — | — |
| M. Pronombres personales | 3 | 2 | 1 | 1 | 1 | 1 | 2 | — |
| N. Adverbios | 3 | 1 | 1 | 1 | 1 | — | 1 | 1 |
| Total | 56 | 48 | 26 | 13 | 13 | 8 | 9 | 8 |

No obstante la advertencia que el autor hace en cuanto al valor de estas cifras, indica que es poco probable que este islote Otomaco-Taparita, ubicado en un sector de los Llanos, que está cruzado por una compleja red fluvial, la cual debió facilitar la interacción intertribal, no tenga relación con las demás lenguas americanas. Añade que si bien el problema de esta filiación sólo podrá ser resuelto cuando se conozca más profundamente la estructura gramatical, concluye insinuando un posible parentesco entre el Otomaco-Taparita y la familia Arawaco. Para ello se basa en la afinidad que existe entre los pronombres personales de primera, segunda y tercera persona, y el término "luna", la cual como ya indicamos, tuvo gran importancia en el sistema mágico religioso de este grupo (Rosenblat 1964: 363).

No obstante, y aun considerando las advertencias de este autor, en el cuadro comparativo se observa que después de las similitudes con el Arawaco, las cifras

5. Humboldt, refiriéndose a los indígenas de Pararuma, indica "que las mujeres de edad muy proveya estaban más diligentes en su adorno que las mujeres más jóvenes"; menciona además la pintura de la espalda de una indígena Otomaco, hecha con onoto y caruto. El dibujo consistía en una especie de enrejado de líneas cruzadas negras, sobre un fondo rojo, poniéndose un punto en el centro de cada cuadrado (1956 (III): 290). Este dibujo indudablemente recuerda a los motivos incisos en V combinados con punteado, que se encuentran en el material Arauquinoide tardío.

más altas corresponden al Caribe, seguidas por las del Yaruro, Guamo y Sáliva, con quienes los Otomaco compartían el Orinoco Medio y los Llanos adyacentes. Este hecho indica que todos estos grupos debieron mantener un largo período de contactos, que pudo ocasionar el mestizaje lingüístico y el surgimiento tanto de variantes dialectales como de nuevas familias, como es el caso del Otomaco.

La Arqueología del Orinoco Medio

A partir de los años 70 y como consecuencia de la intensificación de las investigaciones arqueológicas, lingüísticas y etnohistóricas, se ha podido obtener una visión cada vez más amplia y detallada sobre la compleja historia ocupacional del Orinoco Medio. Esta nueva visión enfatiza la importancia que la comprensión de los complejos procesos de interacción interétnica, tiene para la interpretación arqueológica.

Hasta hace poco se aceptaba que el Orinoco había sido ocupado por los grupos Saladoides, Barrancoides y Araquinoides y se le asignaba a los dos primeros una antigüedad de 1000 A.C. (Cruxent y Rouse 1961; Rouse y Cruxent 1963). No obstante, dado que recientemente en el Orinoco Medio se ha obtenido una serie de fechamientos anteriores al primer milenio A.C., en la actualidad existen tres posiciones interpretativas en cuanto al comienzo de esta secuencia ocupacional, y por consiguiente, en cuanto a su periodización. Según algunos autores, los Saladoides fueron el primer grupo que ocupó el Orinoco. La Fase La Gruta constituye la evidencia más temprana de esta ocupación, y a la misma se le ha asignado una antigüedad superior a los 2000 años A.C. (Rouse 1978: 203-209 Roosevelt 1980: 1978, 177-182; Rouse Allaire and Boomert Ms). Otro de los autores si bien acepta a La Gruta como el ancestro del desarrollo Saladoide, sólo le asigna una antigüedad de 1000 años A.C. (Vargas 1981: 409-411).

Por otra parte, nuestras investigaciones en el Orinoco Medio permitieron establecer la existencia de dos nuevas series cerámicas para la zona: la Cedeñoide y la Valloide (Zucchi y Tarble 1984a: 293: 309; Zucchi, Tarble y Vaz 1984: 155-180; Tarble y Zucchi 1984: 434: 445). En base a esto se pudo elaborar una secuencia de 4 períodos, que en términos temporales se extiende entre los 1000 A.C. y los 1400 D.C. Es necesario aclarar que si bien por el momento se ha fijado el comienzo del primero de ellos en los 1000 A.C., aún no se han descartado los fechamientos más antiguos, y se ha sugerido la posibilidad de que éstos se relacionen con la ocupación Cedeñoide y no con la Saladoide, como se había propuesto hasta ahora. Además se indicó, que el material Cedeñoide temprano podría formar parte de un amplio horizonte cerámico, generalmente no agrícola, el cual aparentemente se extendió por las tierras bajas tropicales del norte de Suramérica entre los 4000 y 1400 A.C. (Brochado y Lathrap Ms. Zucchi y Tarble 1984a: 36; Zucchi, Tarble y Vaz 1984: 179). En base a esto los Cedeñoides tempranos podrían constituir el grupo alfarero más antiguo del Orinoco.

Alrededor de los 1000 A.C., con la penetración de los Saladoides y Barrancoides en la zona, es probable que se iniciaran los primeros contactos intergrupales.

También hemos sugerido la posibilidad de que durante la segunda mitad del primer milenio A.C. (ca. 400), algunos Cedeñoides viajaron a las Antillas, dando origen en la República Dominicana a los complejos El Caimito, Musiepedro y Honduras del Oeste (Zucchi 1984c: Zucchi Ms).

Alrededor de los 400 D.C. se produjo el asentamiento en el Orinoco de los portadores de la alfarería con cauíxí, conocida localmente como Arauquinoide (Zucchi, Tarble y Vaz 1984). Es importante mencionar que esta tradición cerámica ha sido relacionada con la expansión de los grupos de lengua Caribe (Lathrap 1970), y más recientemente en Venezuela, con grupos posiblemente pertenecientes al Caribe Costero (Zucchi 1985), según la clasificación de Durbin (1977: 23-38). En el Orinoco Medio, el período comprendido entre los 500 y 1000 D.C. y especialmente entre 500-600 D.C. se caracterizó por una intensa interacción, no sólo entre los diversos grupos que habitaban los distintos sectores del gran río, sino entre éstos y los que ocupaban áreas vecinas como los Llanos Occidentales. Esta interacción se evidencia ampliamente en el record arqueológico y en algunos casos (Ej.: Arauquinoide-Cedeñoide) parece haber implicado relaciones más profundas que el simple intercambio cerámico. Estas relaciones se mantuvieron a lo largo del tiempo, y aun cuando ambos grupos migraron fuera del Orinoco (Zucchi Ms; Zucchi y Tarble 1984; Zucchi, Tarble y Vaz 1984).

Por último, es importante mencionar que desde el comienzo del primer milenio A.C., en el Orinoco coexistieron diversas estrategias de subsistencia. Mientras los Cedeñoides tempranos aparentemente representaban un grupo pescador-cazador-recolector especializado, los Saladoide, Barrancoide y Arauquinoide tempranos poseían agricultura de tubérculos, complementada por la caza terrestre, la pesca y la recolección de gastrópodos y moluscos de agua dulce (Cruxent y Rouse 1961; Roosevelt 1980: 235; Rouse y Cruxent 1963; Sanoja 1979: 262-264, Vargas 1981). En cambio, los Osoides de los Llanos adyacentes tenían una subsistencia basada en el cultivo de granos (maíz) (Wagner y Zucchi 1966: 36-38; Zucchi 1967; 1973: 182-190) y en la explotación de diversos recursos acuáticos y terrestres (Garson 1980).

Por otra parte, entre los 400 y 600 D.C., los Arauquinoide introdujeron el cultivo del maíz en el Orinoco Medio, y entre los 600 y 800 D.C., con la adopción de la agricultura de riberas inundables, ambos se impusieron definitivamente en el sistema de subsistencia de este grupo. Finalmente, entre los 1000 y 1200 D.C. los Cedeñoides y Arauquinoide aparentemente construyeron el sistema de campos drenados que ha sido descrito para los Llanos Occidentales (Zucchi 1978: 349-365; Zucchi y Denevan 1979).

Articulación de las evidencias arqueológicas y etnohistóricas

Cuando se comparan los datos etnohistóricos referentes a los Otomaco con las nuevas evidencias arqueológicas sobre el Orinoco Medio, se pueden encontrar ciertas correspondencias que parecen trascender la mera coincidencia. No obstante, antes de entrar en este análisis y, dado que en nuestro esquema, tanto la interacción

tribal como los procesos migratorios juegan un papel fundamental, queremos indicar que visualizamos la migración voluntaria (Du Toit 1975: 1),⁶ como un episodio que se enmarca dentro del proceso de interacción entre grupos que habitan áreas diferentes. Consideramos que este proceso consta de dos fases: 1) Exploratoria y 2) Interacción. Cuando la fase de interacción implica una migración, en el lugar de destino de los migrantes, se inicia una tercera fase que hemos denominado de articulación.

Fase exploratoria

En esta primera fase, pequeños segmentos de una determinada población (partidas de exploradores), generalmente integrados por individuos de sexo masculino (aunque no se descarta la eventual participación de algunas mujeres), comienza a efectuar viajes exploratorios fuera de su territorio tribal. Estos viajes de duración variable hacia otras zonas (cercanas o distantes), pueden implicar permanencias más o menos prolongadas entre otros grupos, luego de las cuales, los exploradores regresan a su lugar de origen. No obstante, existe la posibilidad de que ocasionalmente, una parte de estos exploradores decida permanecer durante un largo período o definitivamente en la nueva zona, en cuyo caso el viaje exploratorio se convertiría en una *migración voluntaria no planificada* de antemano.

Es de esperarse que a través de estos viajes, una parte de la población a la que pertenecen los exploradores, y en algunos casos toda ella, progresivamente vaya adquiriendo conocimiento sobre los nuevos territorios, las rutas de acceso y los grupos que los habitan. Si bien como ya dijimos, ocasionalmente estos viajes exploratorios pueden convertirse en migración, en la mayoría de los casos se produce el regreso al lugar de origen, sin que ello implique necesariamente una migración posterior. Si bien se puede pensar que el objetivo fundamental de estas exploraciones es la obtención de información sobre nuevos ambientes naturales, sociales y culturales, no hay que descartar que en algunos de estos viajes ocurran intercambios comerciales eventuales.

Fase de interacción

El conocimiento adquirido durante la etapa de exploración puede conducir al establecimiento de relaciones más regulares y con objetivos más precisos (económicos, sociales o culturales), entre los exploradores y algunas áreas específicas, así como con algunos segmentos de determinadas poblaciones. Estas relaciones pueden conducir a la negociación de una eventual migración de un contingente de la población a la que pertenecen los exploradores a la nueva zona.

6. La migración voluntaria es el acto mediante el cual un grupo o una parte de él decide salir de su área de asentamiento tradicional para ocupar otra zona. En este trabajo nuestro interés se centra en el proceso de interacción entre migrantes y la población receptora que es el que posibilita la migración y no en las causas que la motivan en el lugar de origen. (Ej. factores psicológicos, socio-culturales y ambientales).

Cuando esta migración ocurre, en la zona receptora se inicia un proceso de articulación entre los migrantes y la población residente. Generalmente este proceso de articulación entre el grupo migrante y los diversos segmentos de la población local no es homogéneo, sino que puede implicar una considerable variabilidad en términos de modalidad, intensidad, duración y distribución especial. Es posible que en algunos sectores, especialmente aquellos más cercanos a la zona en la cual se asienta el nuevo grupo, al hacerse más continua la interacción, tienda a profundizarse, por ejemplo a través de alianzas matrimoniales. Con el paso del tiempo, esto podría dar origen a situaciones de índole diversa entre las cuales se encuentra el mestizaje, no sólo biológico sino también cultural. Como resultado de la variabilidad que puede producirse en el proceso de articulación entre migrantes y la población local, es posible predecir que los desarrollos posteriores tampoco sean homogéneos.

Consideramos que estos fenómenos pueden ser reconocidos en el contexto arqueológico. La llegada de un nuevo contingente poblacional a una zona, indudablemente con el tiempo, debe producir un incremento, tanto en el área de ocupación como en el número de asentamientos. Esto por supuesto, siempre y cuando en el área no hayan ocurrido cambios (Ej. tecno-económicos) que pudieran explicar en otra forma el crecimiento demográfico. Además del incremento poblacional que una migración involucra, el record arqueológico también puede reflejar la variabilidad del proceso de articulación. En situaciones de este tipo será posible encontrar en el área receptora toda un gama de situaciones arqueológicas que pueden implicar desde la aparición de estilos híbridos, caracterizados por la combinación de elementos de las dos alfarerías involucradas, pero sin el predominio de ninguna, hasta la simple presencia de rasgos aislados (que pueden ser relacionados con los migrantes) en las alfarerías locales.

Una vez señalada nuestra opinión de que la migración voluntaria es un fenómeno que se articula dentro de un proceso más amplio de interacción intertribal, volveremos a la articulación de las evidencias etnohistóricas y arqueológicas.

Cuando se compara el territorio que ocupaban los Otomacos, Taparitas y Taparitos de las fuentes, con la distribución de los yacimientos Araquinoides del Orinoco Medio, se puede observar que por lo menos con una parte de ellos existe correspondencia geográfica. Igualmente es importante recordar, que las fuentes indican que la vida de los Otomacos se desarrollaba en la orilla de ríos y lagunas, es decir que este grupo tenía la misma orientación ribereña que ha sido atribuida a los portadores de esta alfarería.

Aspecto lingüístico

Una vez señalada esta correspondencia entre el territorio ocupado por los Otomaco históricos y una parte de los Araquinoides arqueológicos, es necesario que nos refiramos en más detalle a esta última ocupación, dado que la misma también permite explicar similitudes en otros aspectos.

Cuando se analiza el material de la serie Arauquinoide, se observa que a lo largo de los 1200 años (400-1600 D.C.) durante los cuales sus portadores ocuparon el Orinoco, sufrió una serie de cambios importantes, cuyo valor cualitativo y cuantitativo sólo estamos comenzando a conocer y comprender. No obstante, esta ocupación ya se ha podido subdividir en tres etapas, cada una de las cuales no sólo tiene características distintivas propias, sino que presenta variaciones espaciales y micro-temporales importantes.

Etapas I (400-500 D.C.)

Tanto en el Orinoco Medio como en el Bajo, esta etapa está representada por la alfarería con cauxí que por los momentos detenta las fechas más tempranas (Zucchi, Tarble y Vaz 1984; Zucchi 1985). En la cronología del Orinoco Medio la misma corresponde a la Fase Corozal I (Roosevelt 1980; Rouse 1978: 20-207). Los datos arqueológicos parecen indicar que durante esta fase los Arauquinoideos estaban comenzando el proceso de articulación con la población del Orinoco Medio (Cedeñoideos y Saladoideos) y Bajo (Barrancoideos), ya que generalmente este material constituye un componente minoritario en los asentamientos Cedeñoideos, Saladoideos y Barrancoideos (Zucchi Ms). Por lo anterior, consideramos que la etapa exploratoria y de interacción con la población local, que seguramente debió preceder la emigración Arauquinoide hacia el Orinoco, pueda haber comenzado antes, es decir en algún momento del período comprendido entre 0 y 400 D.C. Esta alfarería temprana es bastante sencilla y está decorada con tiras aplicadas anchas con incisiones lineales y apéndices en forma de grano de café (Zucchi y Tarble 1982: 186).

Etapas II (500-1000 D.C.)

Es indudable que la migración y asentamiento pacífico de grupos Arauquinoideos en el Orinoco condujo a la profundización de los nexos interétnicos, a través de los cuales sus portadores afianzaron su presencia en la zona y garantizaron su acceso a los recursos, a la vez que, progresivamente, se insertaban en el sistema regional de relaciones interétnicas (Zucchi 1985). Con anterioridad sugerimos (Zucchi 1985) que este proceso debía ser similar a lo que ocurre en el aspecto lingüístico, cuando un grupo de lengua diferente entra a una nueva área. Cuando esto ocurre, la zona se hace bilingüe por un número variable de generaciones y esta situación puede hacerse permanente, cuando las diferencias culturales entre los grupos involucrados son muy marcadas, aunque en la mayoría de los casos, con el tiempo una de las lenguas va englobando a la otra, que se le incorpora como sustrato. En cada caso, el predominio de una lengua sobre otra depende de factores de índole diversa (Ej. relación numérica, estado cultural, vitalidad grupal y supremacía política, social y militar (Zucchi 1985).

Desde el punto de vista arqueológico el lapso comprendido entre los 500 y 700 D.C., constituyó un período de intensa interacción entre los Arauquinoideos

ANTILLAS MAYORES

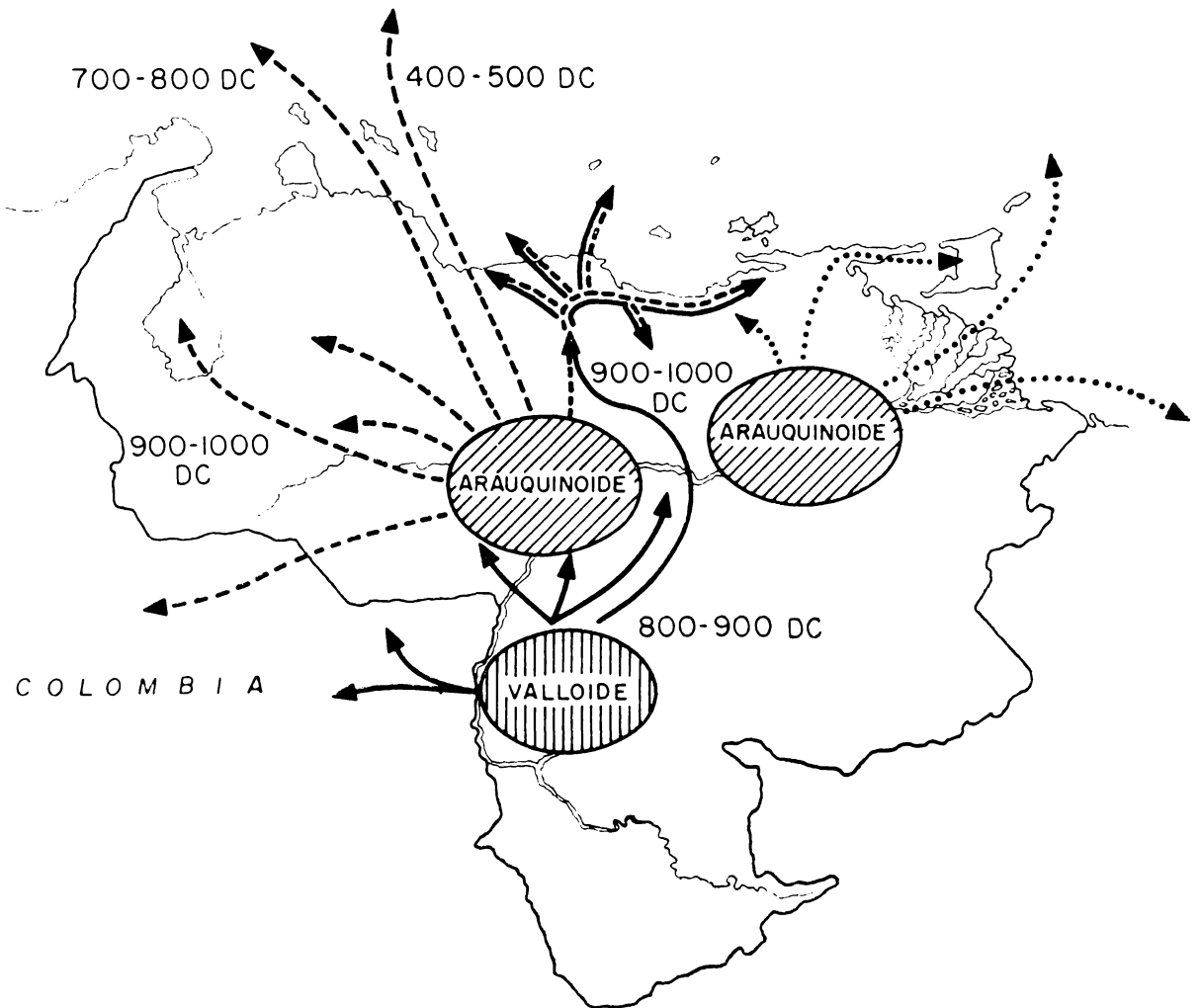


Fig. 3

(Caribe) y demás grupos del Orinoco (Cedeñoides, Saladooides y Barrancoides) y de los Llanos (Osoides) (Zucchi Ms). Como consecuencia del mismo, en las diversas alfarerías se observa la incorporación de elementos de otras, surgen alfarerías híbridas (Ej. fase Corozal), a la vez que el material Arauquinoide comienza a diversificarse espacialmente. Luego de este proceso, en el desarrollo de las alfarerías Arauquinooides del Orinoco Medio y Bajo se evidencian las relaciones específicas, que los grupos de cada sector mantuvieron con el resto de la población local, las cuales aparentemente también incidieron en la dirección de sus respectivos procesos migratorios (Fig. 3).

En el Orinoco Medio esta etapa corresponde a las Fases Corozal II y III de Roosevelt (1980: 196; Rouse 1978: 206-207), mientras que en el Bajo Orinoco se relaciona con la subserie Macapaiman (Zucchi 1985). En el material Arauquinoide del Orinoco Medio se observa un aumento considerable en el número de formas de vasijas, así como la aparición de nuevos elementos decorativos. No obstante, hacia finales de la etapa, la popularidad de estos rasgos disminuye y se hacen poco importantes en la alfarería de las subseries Arauquinooides tardías del sector (Zucchi 1985).

El material Arauquinoide de esta etapa aún no muestra un estilo definido, y más bien refleja una combinación de elementos diversos, los cuales aparentemente constituyen préstamos o influencias foráneas (Zucchi y Tarble 1982: 187), las cuales se aprecian también en otros aspectos. En efecto, ya hemos señalado que durante este período y, como consecuencia de la interacción entre Arauquinooides y Osoides, los primeros se familiarizaron con el cultivo del maíz introduciéndolo en el Orinoco. Roosevelt (1980: 235) ha señalado que el maíz aparece por primera vez precisamente en la fase Corozal, aunque es muy escaso en las etapas I y II pero se populariza en la III. El maíz asociado a las dos primeras se relaciona con la variedad Pollo, que es precisamente la que venían cultivando en los Llanos Occidentales los grupos Osoides, por lo menos desde la segunda mitad del primer milenio A.C. (Wagner y Zucchi 1966: 36-38; Zucchi 1967: 116; 1973: 188).

El mismo autor también ha indicado, que durante las fases Corozal se produjo un considerable incremento en el área de ocupación del sector de Parmana, el cual sin embargo, se hace más marcado durante las Fases II y III. Se ha indicado que de una densidad de 0.2, estimada para Ronquin Sombra, la última de las fases Saladooides precedentes, se pasó a una de 1.5 y 3.5 habitantes por kilómetro cuadrado. Es importante mencionar que este crecimiento demográfico no representa un fenómeno aislado, sino que precede la aparición de todo un bloque de nuevos rasgos cerámicos, que son los que le imprimen las características distintivas al material Arauquinoide de las subseries tardías: Camorucan, Arauquinan, Guarguapan y Matraqueran (Zucchi 1985). Conjuntamente con estos nuevos elementos cerámicos también se introduce y se populariza el cultivo de un tipo de maíz relacionado con el Chandelle (Roosevelt 1980: 208). Hemos sugerido que la aparición de todo este conjunto de nuevos rasgos cerámicos, así como la introducción de una nueva variedad de maíz, por sí solos, no explican satisfactoriamente el importante crecimiento demográfico que se ha indicado. Pensamos

que la aparición de estos nuevos elementos se relacione con la llegada de un nuevo contingente poblacional, probablemente procedente del sector noroccidental de Suramérica (Colombia), cuya gente también habría introducido, la explotación intensiva de las riberas inundables.

Consideramos que fue tanto la llegada de un nuevo contingente poblacional como la implantación de esta nueva modalidad agrícola para el complejo maíz-frijol-calabaza, lo que ocasionó el importante crecimiento demográfico que se ha indicado para las fases Corozal II y III. Aparentemente, fue este mismo crecimiento de la población del Orinoco Medio el que dio origen al movimiento migratorio, que grupos Arauquinoídes y Cedeñoídes emprendieron a partir de los 600-700 D.C., hacia los Llanos Occidentales (Zucchi 1974: Ms; 1985; Zucchi y Tarble 1984) y posiblemente hacia las Antillas Mayores (Zucchi Ms).

A este respecto, y como último punto, quereamos mencionar que todos los estilos Arauquinoídes llaneros conocidos mantienen el budare, tal como ocurre en el Orinoco durante las Fases Corozal II y III. También es importante señalar, que al igual que en el Orinoco, el material Arauquinoíde llanero de esta etapa también presenta escaso trabajo de aplicación, aunque ya muestra algunos de los elementos incisos que tipifican a la alfarería Arauquinoíde tardía (Zucchi 1985).

Etapa III (1000-1600 D.C.)

En el Orinoco Medio, la tercera etapa se caracteriza por un aumento en el número y en la extensión de los asentamientos Arauquinoídes, cuya alfarería pertenece a subseries surgidas durante la etapa precedente, o integra subseries nuevas como la Arauquinan, Matraqueran y Camorucan del Orinoco Medio y, la Guarguapan del Bajo Orinoco (Zucchi 1985). Tanto el aumento en el número de yacimientos, como el incremento que se observa en su extensión espacial, indican que durante este período, la población Arauquinoíde era numerosa y controlaba la mayor parte del Orinoco Medio y Bajo.

Habiendo presentado el panorama detallado de la evolución y características de la serie Arauquinoíde del Orinoco, volveremos al aspecto lingüístico. Como ya indicamos, en trabajos anteriores se relacionó la serie Arauquinoíde con grupos probablemente hablantes del Caribe Costero (Zucchi 1985). No obstante, consideramos que los complejos procesos de interacción intertribal que ocurrieron en el Orinoco Medio entre los 500 y 1000 D.C., no sólo ocasionaron los profundos cambios del aspecto cerámico, demográfico y de subsistencia que hemos descrito, sino que con toda seguridad, también afectaron significativamente el probable panorama bilingüe de la etapa anterior. Debido a esto, no es demasiado aventurado pensar que los portadores de alguna de las tres subseries Arauquinoídes tardías del Orinoco Medio (Arauquinan, Matraqueran y Camorucan), cuyos ancestros habían mantenido relaciones profundas y variadas con los otros grupos locales, y además aparentemente habían incorporado a un nuevo contingente de migrantes, se diferenciara de las otras dos, no solamente en el aspecto cerámico, sino en el lingüístico. En siglos posteriores, esta diferencia lingüística se podría haber acen-

tuado aún más, como consecuencia del proceso de interacción intertribal específico del grupo.

Por lo tanto, consideramos que no sería demasiado aventurado pensar que a través de estos procesos, la lengua Caribe supuestamente hablada por los portadores de la alfarería Arauquinoide temprana, sufriera sucesivas modificaciones que habrían podido dar origen a nuevas lenguas. alguna de estas últimas, precisamente podrían tener características similares a las que se han descrito para la familia Otomaca. Es decir, lenguas que presentan una peculiar combinación de elementos Arawaco, Caribe, Yaruro, Guamo, etc., y en la cual, los dos primeros son dominantes.

Una vez aceptada la posibilidad de que los Otomacos que los cronistas de los siglos XVII y XVIII describen para los Llanos Occidentales, podrían haber sido los descendientes de los portadores de alguna de las tres subseries Arauquinoideas tardías del Orinoco Medio, podemos examinar el resto de la evidencia que parece apoyar esta relación.

Sistema de subsistencia

Cuando describimos el sistema de subsistencia de los Otomacos, enfatizamos que este grupo era el único del Orinoco, para el cual se indicaba la práctica de agricultura en las riberas inundables (vegas), mencionándose además, que poseía un maíz de dos meses, del cual podían obtener hasta seis cosechas anuales.

Desde el punto de vista arqueológico ya indicamos que fueron precisamente los Arauquinoideas del Orinoco Medio, quienes a través de sus contactos con los grupos llaneros, introdujeron inicialmente el cultivo del maíz al sector y posteriormente también adoptaron la agricultura de riberas inundables.

El papel del tigre

Al comienzo de este trabajo nos referimos al papel que el tigre juega en el contexto mágico religioso de muchos grupos suramericanos. Si bien las fuentes sobre los Otomacos son específicas en cuanto a la relación de este animal con las prácticas shamánicas, también se encuentran otras evidencias que señalan su importancia en el sistema mágico religioso de este grupo. A este respecto, es importante mencionar que tanto en las alfarerías de las subseries Arauquinoideas tardías, así como en el material llanero contemporáneo, se encuentra la representación del tigre, ya sea en forma realista o estilizada (Lám. 1 y 2). El tigre también se encuentra en la alfarería de la Serie Valloide, la cual como ya indicamos, ha sido asociada con grupos pertenecientes al Caribe de la Guayana Occidental (Tarble y Zucchi 1984), así como en el material Valencioide, el cual parece derivarse de la serie Arauquinoide y Valloide (Zucchi 1985). Por otra parte, es necesario mencionar que la representación de este felino es prácticamente inexistente en los demás desarrollos cerámicos venezolanos.

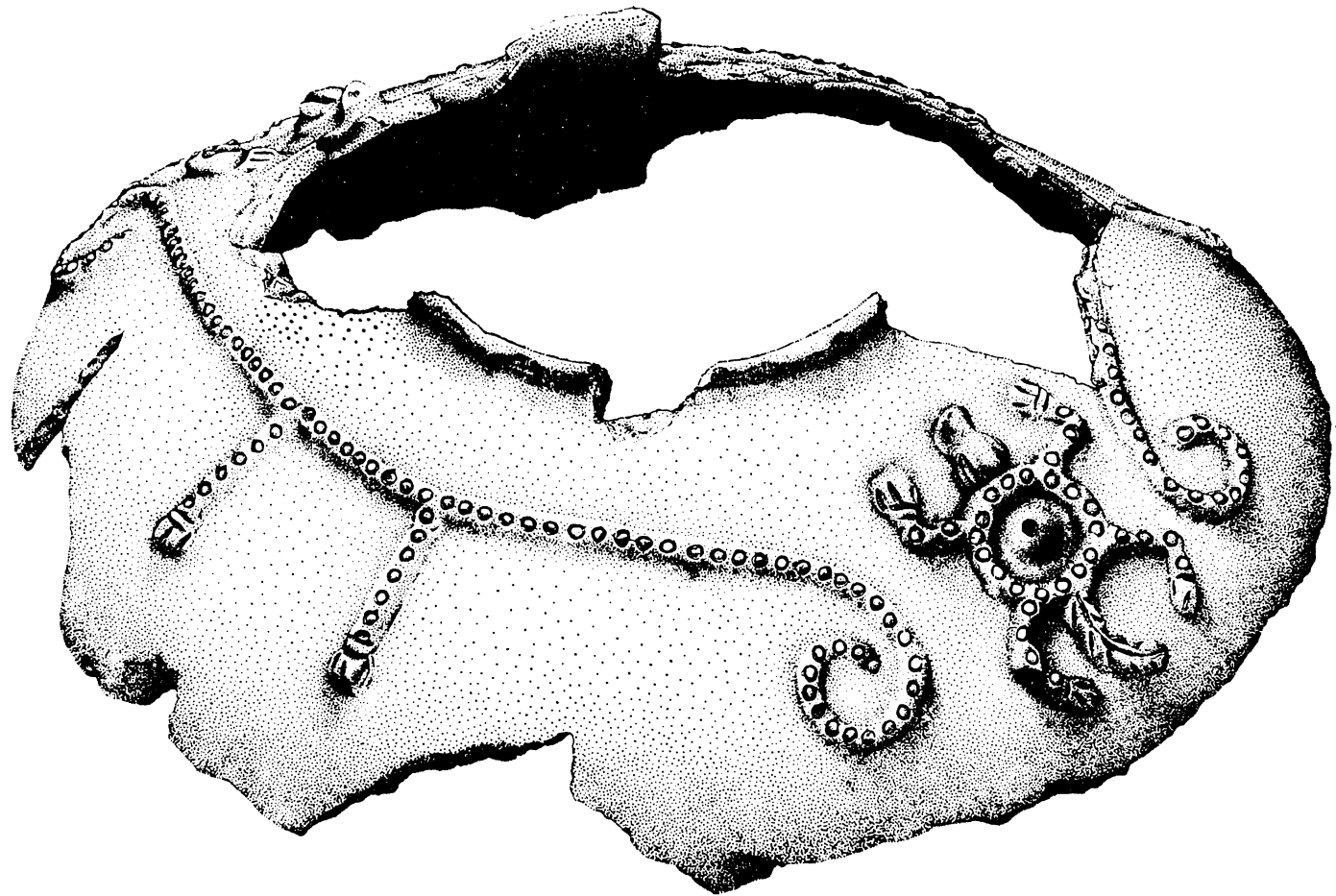
Relaciones entre el Orinoco Medio y las Antillas Mayores

Una vez presentado nuestro esquema sobre la secuencia ocupacional del Orinoco Medio, y formulada la hipótesis de que los Otomanos históricos podrían ser los descendientes de los portadores de alguna de las tres subseries Arauquinoides del Orinoco Medio (Arauinan, Camorucan y Matraqueran), podemos intentar su articulación con el desarrollo de las Antillas Mayores a fin de proponer una alternativa para explicar las influencias mesoamericanas en las Antillas Mayores y también el paso de algunos rasgos al territorio venezolano.

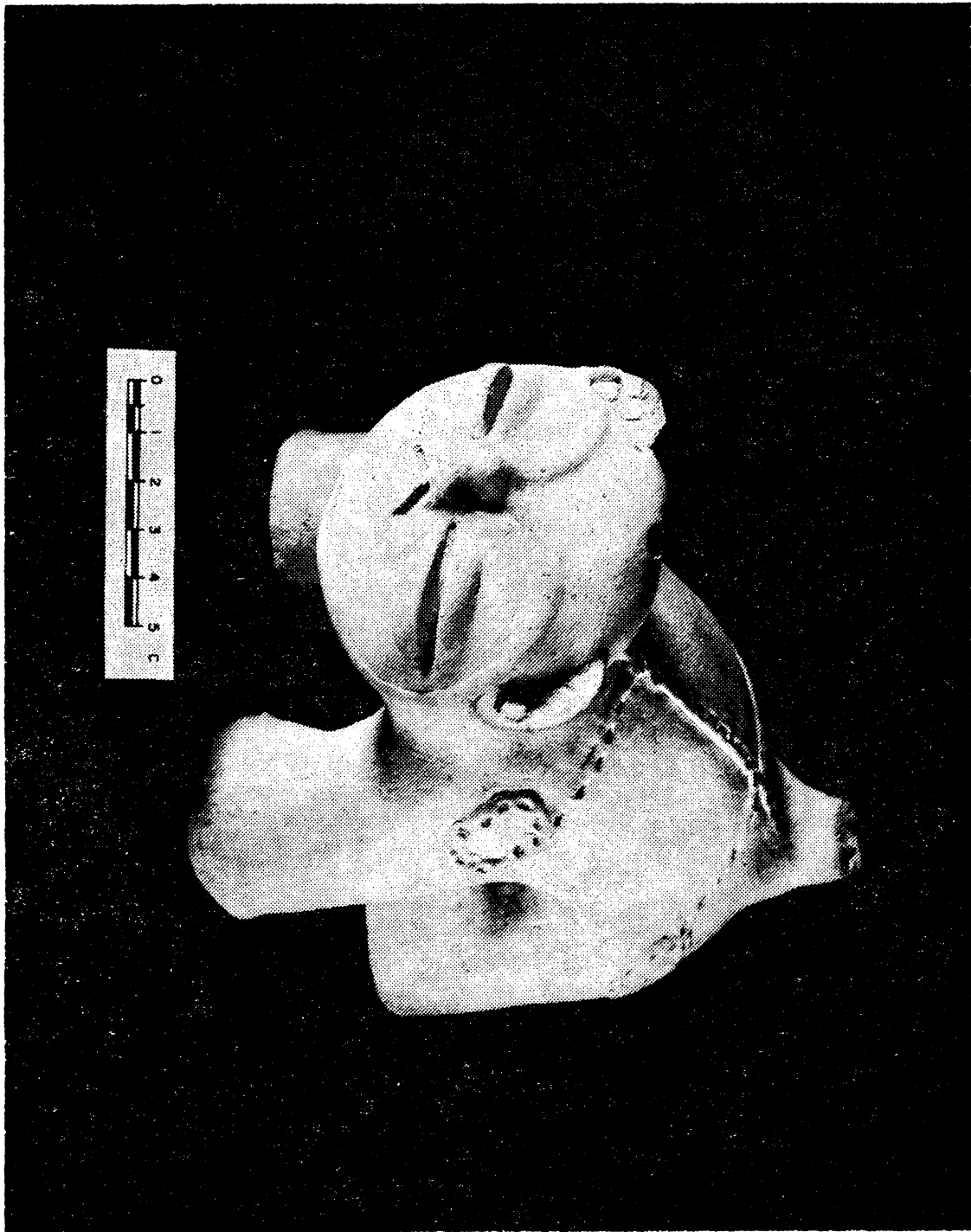
En la versión más reciente, aún no publicada, de la Cronología de Venezuela Oriental, Las Guayanas y las Antillas, Rouse, Allaire y Boomert (Ms), señalan que la penetración Saladoide se interrumpió en Puerto Rico en donde éstos "se detuvieron por cuatrocientos años, antes de continuar al resto de las Antillas Mayores". También señalan, que esta interrupción en el proceso expansivo se debió a que los Saladoides "were unaccustomed to such large land mass (Puerto Rico). They were not prepared to communicate by land as we do today, and needed time to develop this skill (Rouse 1982; Rouse, Allaire and Boomert Ms). Es obvio, que lo anterior no puede explicar satisfactoriamente la interrupción del proceso, más aun si se considera que solamente habían transcurrido 200 años, desde que estos grupos habían salido de tierra firme, y que además, como consecuencia de su extenso desplazamiento por esta última, no sólo debieron adquirir un amplio conocimiento sobre movilización terrestre, sino sobre masas insulares de gran tamaño (Ej. Trinidad). Por ello, consideramos que la hipótesis de Alegría de que la migración Saladoide se interrumpió debido a la llegada de un nuevo grupo humano (1965: 248) es más acertada y, recibe apoyo en el esquema que vamos a presentar.

En general, y salvo pocas excepciones, hasta ahora se ha visualizado la historia ocupacional de las Antillas Mayores en forma unilateral, ya que cada nueva serie cerámica se deriva de la anterior, con poca o ninguna influencia externa, hasta llegar a los estilos Saladoides de Puerto Rico, los cuales en esta forma se convierten en los primeros y únicos ancestros. En este modelo, la aparición de nuevos elementos en las distintas series antillanas, se explica fundamentalmente en términos de desarrollo local (Rouse 1982: 51; Rouse, Allaire and Boomert Ms). Consideramos que esta manera de percibir la historia ocupacional de las Antillas es estática, ya que al no contemplar la posibilidad de que otros grupos, aparte de los Saladoides, pudieran en diferentes momentos, haber tenido contactos con, o emigrado hacia las Antillas, implícitamente condena a la población prehispánica de las Antillas Mayores, del Orinoco Medio y del norte de Suramérica a un estatismo, que evidentemente, no se compagina con la evidencia arqueológica más reciente sobre el Orinoco y mucho menos con la movilidad que aún caracteriza a muchos de los grupos indígenas actuales.

Si bien aceptamos que un grupo que está migrando (y por ende su cerámica) pueda cambiar como consecuencia de su enfrentamiento a nuevos ambientes sociales y naturales, pensamos que esta dinámica grupal interna y el factor tiempo, por sí solos, no logran explicar satisfactoriamente ni las profundas diferencias que



Quinto 7c.



existen entre las diversas series cerámicas de las Antillas Mayores, ni otros hechos importantes asociados con ellas (Ej. crecimiento demográfico implícito, introducción de nuevas técnicas agrícolas, etc.). Consideramos que si se articulan los datos más recientes sobre la historia ocupacional del Orinoco Medio con los de las Antillas Mayores, es posible proponer un nuevo esquema interpretativo, que es más dinámico, y además, permite plantear una nueva hipótesis en relación a la introducción de rasgos mesoamericanos tanto en las Antillas Mayores como en el territorio venezolano.

Se ha indicado que para probar la ocurrencia de contactos entre dos zonas separadas por mar, el primer aspecto que se debe tomar en consideración es el del contexto, a fin de evitar la comparación estéril de elementos aislados. Por otra parte, dado que los contactos entre dos grupos se producen en un momento determinado e involucran zonas específicas, para demostrar su ocurrencia es indispensable que se presenten las siguientes características: 1) que en ambos sectores (dador y receptor) se encuentre una superposición espacial o una concentración de los rasgos, 2) que el fenómeno ocurra en las dos áreas en un mismo lapso de tiempo y 3) que la primera aparición de los rasgos en el área receptora sea por lo menos un poco más tardía que la primera aparición en el área donante (Jett 1971: 40). En nuestra opinión, estas condiciones se cumplen en todos los casos del presente esquema.

Los primeros ceramistas de las Antillas Mayores (400 A.C.-200 D.C.)

En un anterior trabajo (Zucchi 1984: 34-50) sugerimos la posibilidad de que grupos Cedenoideos de la segunda mitad del primer milenio A.C. hubieran viajado a las Antillas Mayores, haciendo uso de una ruta diferente a la empleada por los Saladoideos. La interacción entre estos Cedenoideos y la población arcaica local probablemente fue la que dio origen al surgimiento en la isla de Santo Domingo de los complejos El Caimito, Musiepedro y Honduras del Oeste. Es posible que estos viajes tempranos entre el Orinoco Medio y las Antillas Mayores hayan ocurrido en diversas oportunidades, por lo cual no sería aventurado pensar que el conocimiento sobre la ruta empleada por estos exploradores permaneciera en el Orinoco Medio durante la primera mitad del primer milenio D.C.

El surgimiento de la Serie Ostionoides

Anteriormente indicamos que si bien el asentamiento de los Arauquinoideos en el Orinoco ocurrió alrededor de los 400 D.C., se puede pensar que la fase exploratoria de este sector desde su lugar de origen (probablemente las Guayanas), haya comenzado antes de este período. Durante estos viajes, los Arauquinoideos, no sólo pudieron familiarizarse con los diversos grupos sino también con su lengua.

Luego de su asentamiento en el Orinoco, esta gente pudo haber iniciado sus propios viajes exploratorios a las Antillas Mayores ocupadas, a excepción de los Saladoideos de Puerto Rico, por grupos arcaicos. Es poco probable que los

primeros contactos entre los Arauquinoide y los Saladoide de Puerto Rico produjeran cambios significativos en ninguno de los dos grupos, ambos con una cultura de Selva Tropical. Esta interpretación coincide con lo que se observa en el record arqueológico, ya que Rouse ha indicado que los materiales Ostionoides y Elenoides tempranos casi no se diferencian del Saladoide anterior (1982:50).

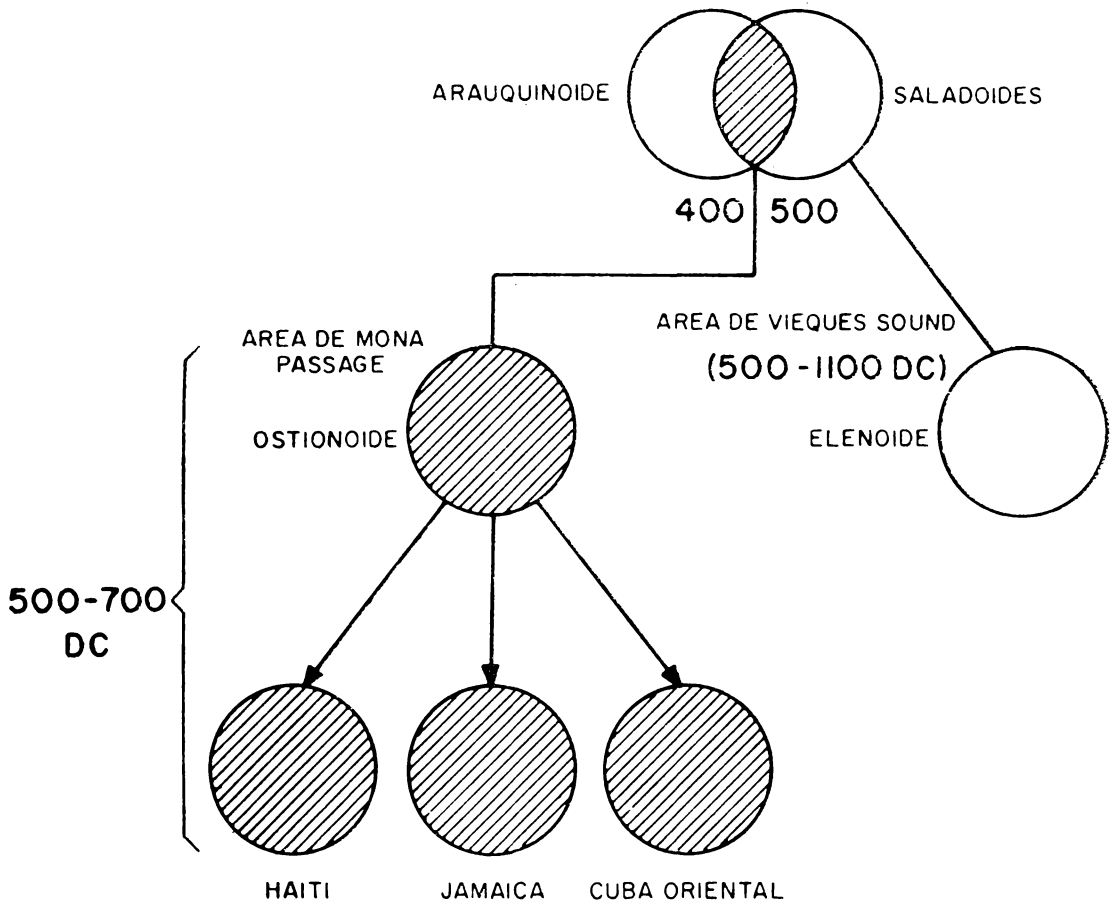
Pensamos que en una segunda etapa de viajes (400-600 D.C.) probablemente con incentivos más concretos, esta gente inició una etapa de interacción más profunda con los Saladoide de la isla de Puerto Rico. Esta interacción puede haber culminado en una emigración Arauquinoide hacia el área de Mona Passage (Fig. 1). Como consecuencia de este asentamiento y del consiguiente proceso de articulación entre los migrantes y la población Saladoide del sector (probablemente a través de alianzas matrimoniales), se habría podido producir un mestizaje biológico y cultural, que podría explicar el surgimiento de dos series diferentes pero relacionadas, cada una de ellas, con una distribución espacial específica: la Ostionoide en el área de Mona Passage y la Elenoide en la de Vieques Sound. Es importante mencionar que Buecheler (1975: 285-286) ha señalado que los migrantes no se adaptan exclusivamente a una entidad social específica, sino también a circunstancias que son impuestas por la propia migración (Ej. tipo de migración, tamaño de la unidad doméstica, sexo de los migrantes). Por otra parte, Schildkrout (1985: 245-263) enfatiza la importancia del parentesco (real o ficticio) como mecanismo de articulación, ya que a través de él, tanto los migrantes como el grupo receptor asumen sus deberes y derechos.

Los nuevos rasgos cerámicos que durante los períodos IIIa y IIIb aparecen en el material de las series Ostionoide y Elenoide (Ej. popularización del uso del engobe rojo, de los diseños modelados-incisos e incisos y del trabajo de aplicación, así como el cambio gradual hacia la forma de "cazuela") pueden ser trazados tanto a la alfarería Arauquinoide como a las otras de la Etapa de Interacción del Orinoco (500-1000 D.C.). En nuestra opinión, estos cambios precisamente podrían estar reflejando dos tipos de articulación con la población Saladoide local. Los Elenoides parecen haberse mantenido en el área de Vieques Sound durante los períodos IIIa y IIIb (600-1200 D.C.) (Rouse 1982: 50). En cambio, entre los 600 y 900 D.C., los Ostionoides se expandieron desde el área de Mona Passage hacia el resto de la República Dominicana, Jamaica y el Este de Cuba (Fig. 3).

No obstante, cuando se analiza el surgimiento de ambas series, la expansión Ostionoide posterior, así como el lapso de tiempo en el cual ocurrieron todos estos fenómenos, es inevitable pensar en los aspectos demográficos que están implícitos en todo este proceso. A este respecto, vale la pena hacer referencia a las estimaciones que se han hecho sobre el incremento demográfico del Orinoco Medio, ya que las mismas parecen apoyar la idea de que en el surgimiento de las series Ostionoide y Elenoide estuvo involucrada una migración.

Roosevelt ha indicado que durante la ocupación Saladoide del Orinoco Medio (Fases: La Gruta, Ronquin y Ronquin Sombra), que en nuestra cronología abarca un período de unos 1400 años, no se produjeron cambios tecnoeconómicos y la

PUERTO RICO



DESARROLLO DE LA SERIE OSTIONOIDE

Fig. 4

densidad poblacional del área de Parmana se mantuvo alrededor de los 0.2 habitantes por kilómetro cuadrado. Fue sólo a partir de la llegada de los Arauquinoides al sector, cuando la misma se incrementó a 1.1 y 1.5 (Fases Corozal I y II) (Roosevelt 1980: 221-228). Por ello, consideramos que no es aventurado pensar que el crecimiento demográfico que está implícito tanto en la transición Saladoide-Ostionide-Elenoide, como en la expansión Ostionide hacia Haití, Jamaica y Cuba Oriental, hechos que aparentemente ocurrieron en un lapso inferior a los 500 años, debió necesariamente implicar la llegada de un nuevo contingente poblacional. De esta forma, habrían sido los Ostionoides, gente que descendía de Saladoides y Arauquinoides, y además conjugaba tanto el conocimiento cerámico como la experiencia de navegación de ambos ancestros, los que continuaron el proceso colonizador de las Antillas Mayores.

Por último, queremos indicar que es poco probable que los Ostionoides comenzaran a asentarse en las nuevas islas, sin que hubiera mediado una exploración previa de ellas. Por ello pensamos que durante el período IIIa, ya se hubieran llevado a cabo viajes de reconocimiento del resto de las Antillas Mayores, alguno(s) de los cuales habría(n) podido llegar a las costas mesoamericanas, trayendo de regreso, tanto el juego de pelota como las canchas estructurales. Este contacto directo entre los Ostionoides y Mesoamérica explicaría porqué es precisamente en el área de Mona Passage, o sea en el territorio Ostionide inicial, en donde se han encontrado las evidencias más tempranas de estas últimas.

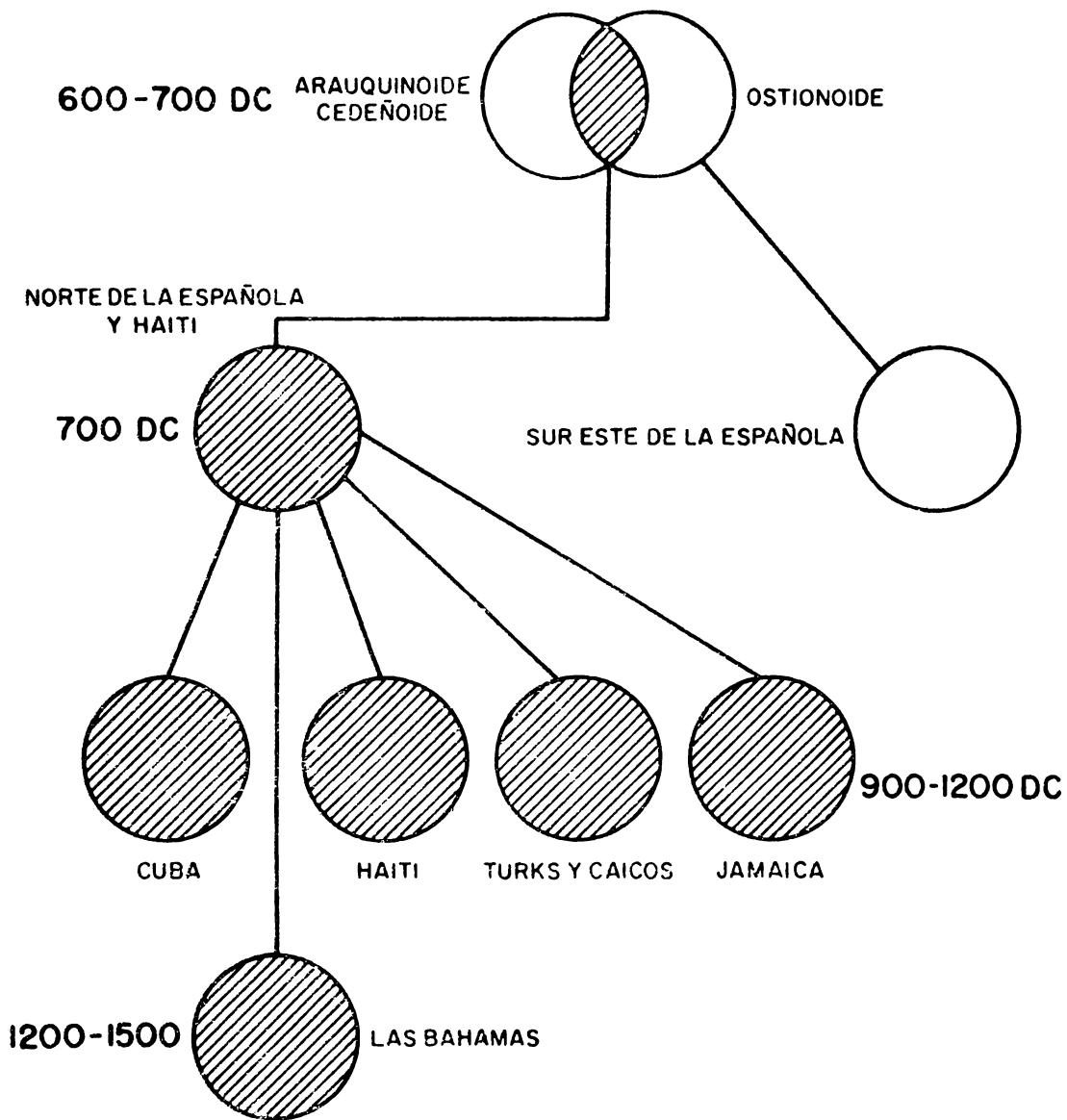
El surgimiento de la Serie Meillacoide

En la sección anterior indicamos que entre los 700 y 800 D.C. los Cedeñooides y Arauquinoides del Orinoco Medio iniciaron movimientos expansivos hacia los Llanos Occidentales. También sugerimos la posibilidad de que como parte de este proceso, un grupo multiétnico aparentemente integrado por Arauquinoides, Cedeñooides y Valloides, hubiera emigrado a la isla de Santo Domingo (Zucchi Ms).

En este caso también pensamos que pudo haber sido precisamente a través de un proceso de articulación entre los nuevos migrantes y determinados segmentos de la población Ostionide del sector noroccidental de Santo Domingo, como surgió la serie Meillacoide (Fig. 4). En este caso, sin embargo, la nueva migración no sólo culminó en el surgimiento de una nueva serie cerámica, sino que introdujo la agricultura de riberas inundadas, cuya implantación dio origen a un profundo cambio en el sistema de subsistencia tradicional, el cual a su vez, pudo permitir un crecimiento demográfico con características similares al que se produjo en el Orinoco Medio durante la Fase Corozal III.

Lo anterior explicaría en parte, porque la transición entre el Ostionide y el Meillacoide ha sido calificada como la más brusca que se haya observado en las Antillas (Rouse 1982: 50). Durante el período IIIa y desde el sector noroccidental de la República Dominicana, los Meillacoides penetraron por el Valle del Cibao y la cuenca del Río Yaque del Norte, al interior de la isla, quizás buscando el curso medio de estos ríos, o sea un ambiente similar al que los Arauquinoides-

SECTOR ORIENTAL DE LA ESPAÑOLA



DESARROLLO DE LA SERIE MEILLACOIDE
Fig. 5

Meillacoides-Valloides ocupaban en el Orinoco Medio y zonas adyacentes (Zucchi Ms) (Fig. 5). Desde este sector, gradualmente esta gente se extendió hacia Haití, Jamaica y Cuba, precisamente hacia aquellas islas previamente colonizadas por la población Ostionoide. Durante este mismo período comenzaron a explotar la sal de las Islas Turks y Caicos (Sullivan 1980), y en el período IV (1200-1400 D.C.) se extendieron hacia las Bahamas, completando en esta forma la colonización de los Ostionoides.

Consideramos que a partir de las primeras exploraciones Arauquinoides de las Antillas Mayores, los contactos entre éstas y el Orinoco Medio se pudieron hacer más frecuentes y regulares, con lo cual, tanto los grupos Antillanos como los del Orinoco Medio, progresivamente fueron adquiriendo información sobre nuevas zonas y grupos, entre las cuales aparentemente estaba la costa norte de Colombia y noroccidental de Venezuela. Pensamos que a partir de los 900 D.C., todo el sector integraba una verdadera esfera de interacción, que hizo posible la circulación y adopción de nuevos elementos, y posiblemente estimuló nuevas migraciones. Esto no sólo podría explicar las similitudes cerámicas que se han señalado entre la alfarería A de las Tortolitas, la de Malambo y el material Chicoide de la República Dominicana (Arvelo y Wagner 1984), sino que tendría profundas implicaciones para la comprensión de la cultura Taina. Por esto, y aunque la serie Chicoide no sea de directo interés para el presente trabajo, queremos presentar un esquema tentativo sobre su surgimiento y su relación con los desarrollos Ostionoide y Meillacoides (Fig. 6).

Durante el Período IV (1200-1400 D.C.) esta esfera de interacción aparentemente ya se había unido con la que seguramente existía entre el Bajo Orinoco, las Guayanas y las Antillas Menores.⁷ No obstante, durante los siglos que siguieron el contacto, los objetivos tradicionales de todos estos circuitos y de sus múltiples rutas, se alteraron drásticamente al ser incorporados en la política mercantilista de las naciones europeas. No obstante, aún en estas circunstancias se encuentran evidencias de cooperación entre grupos de ambas esferas, aun entre aquellos que tradicionalmente habían sido antagónicos:

“went down with the Caribs rather than submit to the Spaniards. . . Not only did Caribs come to Puerto Rico to aid the Taino in their wars against the spaniards then, but also received them as refugees and sheltered them from their enemies” (Figueredo 1978: 395-396).

7. Es importante recordar que en el libro de Chilam-Balam de Chumayel se menciona que en 1359 extranjeros desnudos asaltaban las costas de Yucatán (Rouse 1965). Por otra parte, también se ha indicado que los indígenas de Santo Domingo le hablaron a Colón sobre una tierra que estaba a diez días de camino, habitada por gentes vestidas Veloz Maggiolo 1972: 111) y Rouse (1966: 234-242), menciona que grupos indígenas de la parte central de Cuba hacían referencia a hombres vestidos con túnicas blancas.

MONA PASSAGE
(República Dominicana)

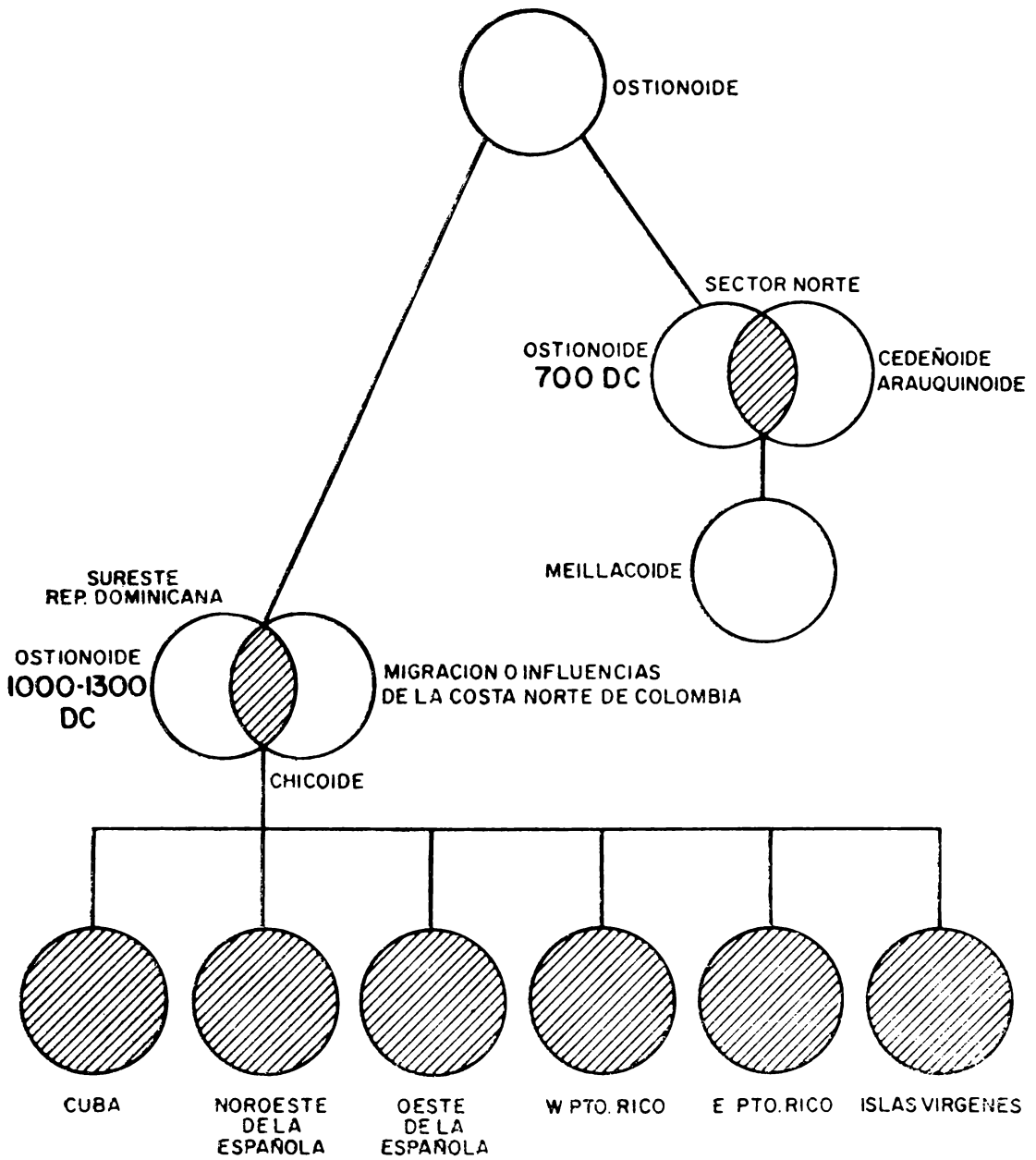


Fig. 6

CONCLUSIONES

Tal como propusimos a lo largo de nuestro esquema, pensamos que el desarrollo ocupacional de las Antillas Mayores estuvo íntimamente relacionado con el del Orinoco Medio y, que en este proceso, los grupos Arauquinoides jugaron un papel decisivo. El largo y complejo período de interacción dinámica entre grupos con diferentes patrones de valores, tanto a nivel local como regional e interregional, fomentó el intercambio regular, pero cambiante, de información, bienes y personas, el cual a través del tiempo, le fue imprimiendo características únicas a cada uno de los desarrollos involucrados.

Pensamos que fue precisamente a través de los contactos que se establecieron durante el primer milenio D.C. entre el Orinoco Medio, las Antillas Mayores y Mesoamérica, cuando rasgos de esta última zona (Ej. el juego de pelota y el complejo del sacrificio de sangre), fueron adoptados por los Arauquinoides del Orinoco Medio. No obstante, a este punto cabría preguntar ¿por qué su distribución no se generalizó ni fue uniforme entre los diversos grupos hablantes de la lengua Caribe?

En un reciente simposio durante el cual se reasumió la discusión sobre la relación entre identidad étnica, filiación lingüística y organización política Caribe, Dreyfus sugirió que los grupos de las Tierras Bajas suramericanas debían ser analizados más bien como unidades sociales y culturales que engloban una serie de grupos locales con origen histórico y filiación lingüística diferente. El surgimiento de estas unidades se debió a circunstancias geográficas y ecológicas específicas, las cuales a su vez, dieron origen a procesos de interacción que transformaron las unidades lingüísticas previas y produjeron sociedades multiétnicas. Indica este autor, que el estudio de los extensos sistemas políticos que al momento de la conquista conectaban las Antillas y Tierra Firme, demuestra que los límites lingüísticos hablantes del Caribe y Arawaco de ambas zonas, consistían en redes de grupos hablantes del Caribe y Arawaco de ambas zonas, consistían en redes de grupos locales, interconectadas a través del intercambio, las alianzas y la guerra (1984: 39-55). Estas organizaciones se caracterizaron por un gran dinamismo espacial y temporal, y también variaron en términos de naturaleza, intensidad y duración, tanto a nivel intratribal como intertribal. Consideramos que puede haber sido precisamente este dinamismo de las organizaciones sociales y políticas que enfatizan los autores modernos, y que nosotros hemos inferido de los datos arqueológicos del Orinoco Medio, el responsable de la selección particular que cada uno de los grupos hizo de ciertos rasgos o complejos, de su modificación, persistencia y/o abandono.

Cuando publicamos los primeros trabajos sobre las posibles relaciones entre el Orinoco Medio y las Antillas Mayores (Zucchi 1984: 35-5; Ms.) un colega los consideró descabellados. No obstante, después de una búsqueda más profunda, aunque ciertamente no exhaustiva, hemos podido encontrar evidencias adicionales, que no sólo parecen apoyar los planteamientos iniciales, sino que han permitido elaborar un nuevo esquema interpretativo, tanto para el Orinoco Medio como para las Antillas Mayores.

Antes de finalizar considero importante mencionar que este nuevo esquema no se habría podido construir si no hubiéramos contado con el trabajo de los pioneros de la arqueología venezolana y antillana, quienes sentaron las bases para todas las investigaciones posteriores. Fueron precisamente arqueólogos como Roney, Rouse, Cruixent y Alegría, quienes establecieron las secuencias cronológicas básicas y formularon los esquemas interpretativos que hemos estado utilizando. Frecuentemente fueron ellos también los maestros de las nuevas generaciones de arqueólogos.

Como integrante de estas últimas, considero que la responsabilidad que cada uno de nosotros ha asumido al continuar la investigación arqueológica de nuestros respectivos países, no sólo debe aspirar a la obtención de nuevas y mejores evidencias y su acomodo pasivo en esquemas tradicionales. Es indispensable que también contemple un proceso continuo de reevaluación, que no sólo permita la articulación de los datos recientes, sino el planteamiento de nuevas ideas y enfoques. Por ello, independientemente de la forma en que las evidencias que se obtengan en el futuro, modifiquen, confirmen o rechacen, las ideas que hemos propuesto, sería aun muy afortunada, si estos planteamientos sólo logran motivar nuevas investigaciones y discusiones, las cuales en última instancia, sólo nos permitirán acercarnos a esa realidad que estamos tratando de aprehender.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento a los estudiantes de mi Laboratorio, quienes tuvieron la paciencia de escuchar los planteamientos iniciales de este trabajo. A Carlos Quintero por la labor de dibujo, y a Morelba Navas por su paciencia durante las interminables correcciones en la procesadora. A Aad Boomert, quien sin saberlo, estimuló este trabajo.

BIBLIOGRAFIA

ACHILDKROUT, E.

- 1975 Ethnicity, kinship and joking among urban immigrants in Guana. En: Migration and Urbanization: Models and Adaptive Strategies. Du Toit and Safa (Eds.). *International Congress of Anthropological Sciences* 9: 245-263. Mouton, The Hague.

ACOSTA SAIGNES, M.

- 1950 Tlacaxipualtzli. Un Complejo Mesoamericano entre los Caribes. Serie Etnología, Instituto de Antropología y Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, U.C.V., Caracas.

ALEGRÍA, R. E.

- 1965 Puerto Rican Archaeology. *American Antiquity* 31 (2): 246-249.
- 1983 Ball Courts and Ceremonial Plazas en the West Indies. *Yale University Publications in Anthropology* N° 79, New Haven.

ARVELO, L. y E. WAGNER

- 1984 Relaciones Estilísticas Cerámicas del Noroeste de Suramérica con las Antillas. Relaciones Prehispánicas, E. Wagner (Ed.). Fondo Editorial Acta Científica.

BINFORD, L.

1972 *An Archaeological Perspective*. Seminar Press, New York.

BUECHLER

1975 Comment. En *Migration and Urbanization: Models and Adaptive Strategies Du Toit and Sata (Eds.)*. *International Congress of Anthropological Sciences 9*: 285. Mouton, The Hague.

BUENO, R.

1933 *Apuntes sobre la Provincia Misionera de Orinoco e Indígenas de su Territorio*. Tipografía Americana, Caracas, 164 pp.

BROCHADO, y LATHRAP, D. W.

Ms Amazonia, Ms. Universidad de Illinois.

CASSANI, J.

1741 *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América*. Madrid, 618 pp.

CASTELLANOS, J. DE

1915 *Elegía a la muerte de Don Juan Ponce de León*. *Boletín Histórico de Puerto Rico*, 2: 303-75, San Juan.

CODAZZI, A.

1840 *Atlas, físico y político de la República de Venezuela*. Caracas.

1841 *Resumen de la Geografía de Venezuela*, París.

DÁVILA, V.

1930 *Encomiendas*. Tomos I y II, Caracas.

DREYFUS, S.

1984 *Historical and political anthropological inter-connections: the multilingual indigenous polity of the "Caribe" Islands and Mainland Coast from the 16th to the 18th century*. *Antropologica 59-62*: 39-56.

DURBIN, M.

1977 *A Survey of the Carib Language Family*. En: *Carib-Speaking Indians Culture, Society and Language*. E. Basso (Ed.) *Anthropological Papers of the University of Arizona* 28: 23-38. University of Arizona, Tucson.

DU TOIT, B. M.

1975 *Migration and Urbanization: Models and Adaptive Strategies*. B. M. Du Toit and H. I. Sata (Eds.), *International Congress of Anthropological Sciences 9*, Mouton, The Hague.

FIGUEREDO, A. E.

1978 *The virgin islands as an historical frontier between the Tainos and the Caribs*. *Revista/Review Interamericana VIII (3)*: 393-399.

GARSON, A.

1980 *Prehistory, Settlement and Food Production in the Savanna Region of La Calzada, Venezuela*. Ph.D. Thesis, Yale University, New Haven.

GILIJ, F. S.

1780-84 *Saggio de Storia Americana*. 4 vols., Roma.

GUMILLA, P. J. (S. J.)

1745 *El Orinoco Ilustrado y Defendido*, Madrid.

JETT, S.

- 1971 Diffusion versus Independent Invention: The Bases of Controversy. En: *Man Across the Sea. Problems of Pre-Columbian contacts*. C. Riley, J. C. Kelly, C. W. Remington, R. L. Rands (Eds.) pp. 5-53, University of Texas Press.

HUMBOLDT, A.

- 1956 *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 4 tomos. Caracas.

KOCH-GRÜNBERG, T.

- 1913 Abschluss meiner Reise durch Nordbrasilien Orinoco. Feitschrift für Ethnologie XLV: 448-474.

LATHRAP, D. W.

- 1970 *The Upper Amazon*. Praeger.

LODARES, B. DE

- 1929 *Los Franciscanos Capuchinos de Venezuela*, 2ª Edición, Tomo I, 1929; Tomo II, 1930; Tomo III, 1931, Caracas.

LOEB, E. M.

- 1923 The Blood Sacrifice Complex *Memoirs of the American Anthropological Association* N° 30. Nebraska Wise.

PITTIER, H.

- 1970 *Manual de las Plantas Usuales de Venezuela*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.

REICHEL, D. G.

- 1975 *The Shaman and the Jaguar*, Temple University Press.
1972 *The Feline Dotif in Prehistoric San Agustin Sculpture*. *Dumbarton Oaks Research Library and Collections*. Washington.

RÍONEGRO, FRAY F. DE

- 1918 *Relaciones de las Misiones de los PP. Capuchinos en las Antiguas Provincias Españolas hoy República de Venezuela 1650-1817*, Tomos I y II (2 Tomos), Documentos inéditos de los siglos XVII y XVIII, Sevilla.

ROOSEVELT, A. C.

- 1980 *Parmana*, Academic Press.

ROSENBLAT, A.

Los Otomacos y Taparitas de los Llanos de Venezuela, Estudio Demográfico y Lingüístico. *Anuario del Instituto de Antropología e Historia* I: 227-377, Facultad de Humanidades y Educación, U.C.V., Caracas.

ROUSE, I.

- 1965 *Caribbean Ceramics: a Study in Method and Theory*. En: *Ceramics and Man*, Viking Fund Publications in anthropology 41, Methuen and Co. Ltd., London.
1966 *Mesoamérica and the Eastern Caribbean Area*. *Handbook of Middle American Indians IV*: 234-242, Austin, Texas.
1978 *La Gruta Sequence and its Implications*. En *Unidad y Variedad*, E. Wagner y A. Zucchi (Eds.), Ediciones CEA-IVIC: 203-229.
1982 *Ceramic and Religious Development in the Greater Antilles*. *Journal of New World Archaeology* 5 (2): 45-52.

ROUSE, I. y CRUXENT, J. M.

- 1963 *Venezuelan Archeology*. Yale University Press, New Haven and London.

ROUSE I., L. ALLAIRE y A. BOOMERT

Ms. Eastern Venezuela, Guianas, and the West Indies. En: "Chronologies in New World Archaeologies".

SALAS, J. C.

1915 Etnología. Barcelona.

1917 Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Madrid.

SANOJA, M.

1979 Las Culturas formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas. *Serie Estudios, Monografías y Ensayos 6*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

SULLIVAN, S. D.

1980 An Overview of the 1976 to 1978 Archaeological Investigation in the Caicos Islands. Proceedings of the Second Bahamas Conference on Archaeology, *Florida Anthropologist 33* (3) 120-142.

TARBLE, K. y A. ZUCCHI

1948 Nuevos Datos sobre la Arqueología Tardía del Orinoco: La Serie Valloide. *Acta Científica Venezolana 35*: 434-445.

TAVERA ACOSTA, B.

1907 En el Sur (Dialectos Indígenas de Venezuela). Ciudad Bolívar, 40 pp.

VARGAS, A. I.

1979 La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, *Serie Estudios, Monografías y Ensayos 5*, Caracas.

VELOZ MAGGIOLO, M.

1972 Arqueología Prehistórica de Santo Domingo. Mc Graw Hill Far Eastern Publishers, Ltd. Singapore.

WAGNER, E. y A. ZUCCHI

1966 Mazorcas de Maíz Prehistórica de Venezuela Occidental. *Boletín Informativo, Departamento de Antropología IVIC 4*: 36-38.

ZUCCHI, A.

1967 La Betania: Un Yacimiento Arqueológico de los Llanos Occidentales. Tesis Doctoral, U.C.V., Caracas.

1973 Prehistoric Human Occupation of the Western Venezuelan Llanos. *American Antiquity 38*: 182-90.

1978 La Variabilidad Ecológica y la Intensificación de la Agricultura en los Llanos Venezolanos. En: Unidad y Variedad, E. Wagner y A. Zucchi (Eds.) 349-365, Ediciones CEA-IVIC, Caracas.

1984 Nuevas Evidencias sobre la penetración de grupos cerámicos a las Antillas Mayores. En: *Relaciones Prehispánicas de Venezuela: 35-50*, E. Wagner (Ed.). Fondo Editorial, Acta Científica Venezolana, Caracas.

1985 Nuevas Evidencias sobre la Arqueología de Grupos de posible lengua Caribe (*Antropológica*, en prensa).

Ms. La Serie Meillacoide y sus Relaciones con la Cuenca del Orinoco. *Actas del XI Congreso de Arqueología del Caribe*, Puerto Rico (en prensa).

ZUCCHI, A. y R. GASSON

Ms. Análisis del Sistema de intercambio de los Llanos Occidentales de Venezuela.

ZUCCHI, A. y K. TARBLE

1982 Evolución y Antigüedad de la Alfarería con esponjilla en Agüerito, un Yacimiento del Orinoco Medio. *Indiana* 7: 183-199.

1984 Los Cedeñoides: Un Nuevo Grupo Prehispánico del Orinoco Medio. *Acta Científica Venezolana* 35: 293-309.

ZUCCHI, A. y W. M. DENEVAN

1979 Campos Elevados e Historia Cultural Prehispánica en los Llanos Occidentales de Venezuela. UCAB, Caracas.

ZUCCHI, A., K. TARBLE y J. E. VAZ

1984 The Ceramic Sequence and New TL and C 14 Dates for the Agüerito site of the Middle Orinoco. *Journal of Field Archaeology* 11: 155-180.